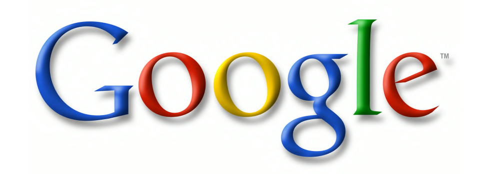
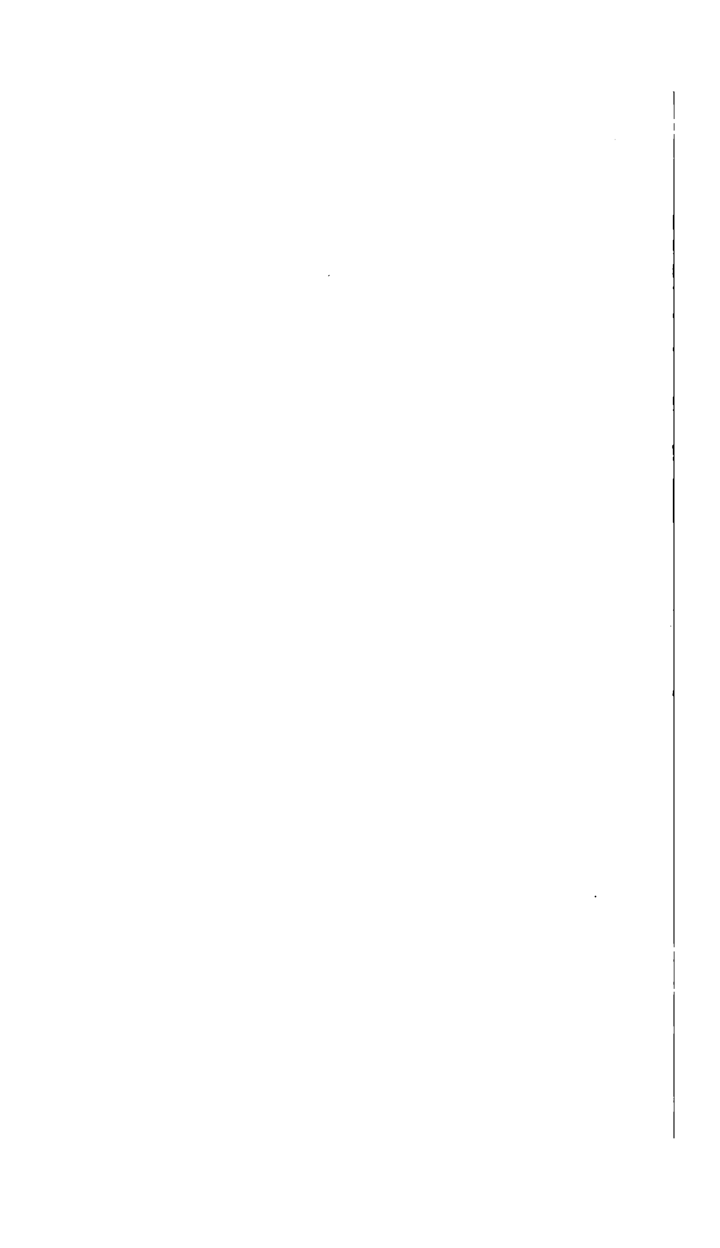






DOMI
NUS
ILLU
MI NA
TIO
MEA
Taylor Institution.





LA GALATEA

DE

MIGUEL DE CERVANTES,

IMITADA, COMPENDIADA, CONCLUIDA

POR M.r FLORIAN;

TRADUCIDA

POR D. CASIANO PELLICER.

PERPIÑAN,
EN LA IMPRENTA DE J. ALZINE.
1824.



GALATEA.

LIBRO PRIMERO.

ANTES que muestre el sol en la llanura
Su luz, hago en el monte cavernoso
Mi llanto resonar, y la espesura
De la selva, y la fuente y prado hermoso
Con mi dolor los canso y amargura,
Contándoles mis penas doloroso:
Pero ay! que en monte, en bosque, en prado, en rio,
No puedo hallar alivio al dolor mio.

En fresca sombra, en yerba florecida
Buscando voy reposo vanamente
A mi dolor y pena encrudecida:
Cuando lloro, conmigo juntamente
Se lamenta la tórtola afligida,
Y enturbio con mi llanto la corriente:
Pero ay! que en monte, en bosque, en prado, en rio,
No puedo hallar alivio al dolor mio.

Así se lamentaba Elício, pastor en las riberas del Tajo, á quien habia colmado de dones la naturaleza, y á quien no trataron igualmente el amor y la fortuna. Ardia en amores de Galatea largo tiempo habia, sin poder aun lisonjearse de haber tenido la menor correspondencia de parte de ella. Era Galatea una sencilla pastora; nacida en la misma aldea de Elício, que merecia á la verdad ser señora del universo, si este estuviese destinado para que le mandase la mas hermosa y la mas discreta.

De Galatea pues y de Elício son los sucesos que voy á referir, y juntamente los de otros muchos amantes, á quienes el amor hizo padecer para probar su constancia; en cuya narracion pintaré las rústicas costumbres de la aldea. ¡Ojalá encontreis algun placer cuando me leais, vosotros los que poneis toda vuestra felicidad en habitar por los campos, y voso-

tras, almas sensibles, que al mirar un prado que rie, que al escuchar el murmullo de un arroyuelo cuando nace, percibid placeres casi tan dulces como los que produce una accion buena!

De entre todos los pastores que morian por Galatea, el mas tierno, aunque el menos determinado, era Elicio. No nacia unicamente de su timidez su respeto, sino de ver que Meris, padre de Galatea, era el labrador mas rico de la comarca, y de ver que todos sus bienes se reducian solamente á una pobre choza, y á un escaso rebaño de cabras Mas rico, aunque no mas dichoso por eso; era su rival Erastro, que habiendo sido siempre el mas insensible de los pastores, no pudo resistir á las gracias de Galatea, aunque sin concebir la esperanza lisonjera de agradarle, porque era demasiado rústico para hacerse amar, y así sentia mejor que se explicaba: de suerte que

cuando le formó la naturaleza, parece se contentó con dotarle de un corazon bondadoso.

Un dia que se hallaba Elício en medio de un valle solitario, puesta su consideracion en el dulce objeto de sus amores, vió venir á Erastro, siguiendo su rebaño, cuya custodia habia fiado enteramente de sus mastines: y no parece sino que estos fieles animales adivinaban los cuidados de su amo, que le impedian ocuparse en la guarda de sus simples ovejuelas, porque ellos iban al lado de ellas, hacian apresurar el paso á las que se detenian, volvian al aprisco á las que se extraviaban, y de este modo cumplian alternativamente su cuidado, y sustituian el del enamorado pastor.

Luego que llegó este adonde estaba Elício, le dijo: bien creo que no te cause pesadumbre el saber que amo á Galatea, pues bien sabes que es imposible dejar

de amarla; así todos mis corderos, en el mismo punto en que los aparte de la teta de sus madres, no hallen en los prados mas que yerbas venenosas, si no es verdad que he procurado mil veces poner en olvido este amor que le tengo, y sí no lo es que á cuantos médicos del lugar he pedido remedio, ninguno me lo ha sabido dar; y así vengo á pedirte permiso de que me dejes morir con mi daño. Nada arriesgas en concedérmelo: pues si tú, que eres el pastor mas amable, no puedes mover su corazon, ¿que tienes que temer de un rústico comó yo? Sonrióse Elício al oir estas razones, y le dijo: amigo mio, no tienes que temer que tenga yo zelos de tí, porque yo padezco las mismas penas que á tí te afligen, lo que debe ser parte para estrechar mas nuestra amistad, y desde ahora te pido que váyamos siempre juntos, y que nuestras conversaciones sean solo de

Galatea, que de este modo la amistad, sin duda alguna, hará tolerables las penas que el amor nos haga padecer.

Hechos amigos los dos rivales, acordaban sus instrumentos, cuando se dejó ver en lo alto del cerro Galatea con su ganado, la cual venia vestida de un gracioso pellico, y de una saya de tela comun. Aunque era tan humilde su trage, parecia precioso por su talle; volaban por sus hombros sus largos y rubios cabellos, y un sombrero de paja le defendia el rostro del calor del sol: era tan sencilla como la flor que nace en los campos, y hermosísima sin saber si lo era.

Adelantóse Elício para hablarle, pero los mastines de Galatea, que no dejaban acercarse á nadie al ganado, fueron, los dientes regañados, corriendo hácia el pastor; mas apenas le conocieron, cuando avergonzados de su engaño bajaron las cabezas, halagáronle meneando las colas,

y fuéronse á esconder entre las manos del que los acariciaba. El manso, á quien Elício habia dado tantas veces pan por su mano, luego que le vió se fué hácia él con la cabeza levantada, sonando el cencerro; siguióle el resto del ganado, y abriendo Elício su zurron, repartió entre los mastines y el ganado todo cuanto habia en él, saltándosele al pastor las lágrimas de gozo. Confundida la pastora de ver que sus corderos habian conocido á su amante, se apresuraba por llegar al manso, y dándole con el cayado, sonroseada de vergüenza, le obligaba á que se alejase de Elício. Viendo esto el pastor, se quejó de su cólera de esta suerte: ¿ Para que fingis que quereis castigar vuestro ganado, cuando soy yo el objeto de vuestro enojo? Aquí en estos lugares, que son los mejores de estas cercanías, pues presentan tan abundantes pastos, podeis, si quereis, por huir de mi pre-

sencia, dejar vuestros corderos, que yo olvidaré el cuidado de mis cabras por atender al de vuestro ganado; y si os pareciere demasiado favor este, escoged el lugar que os sea mas grato para pasar allí el dia, de donde yo me alejaré porque os sea mas agradable. No es por huir de tí, Elicio, respondió Galatea, porque hago dar la vuelta á mis corderos, sino porque quiero llevarlos al arroyo de las Palmas donde me espera mi amiga Florisa. Estimo agradecida tus ofrecimientos, de lo que es prueba el haber desvanecido tus sospechas; y sin dejar de hablar proseguia su camino. Viendo esto Erastro, le dijo desde léjos: Permita el cielo que te veas enamorada de quien te trate con la crueldad con que nos tratas: permita... Adelante hubiera ido con sus amenazas, si Galatea, que seguia sin cesar su camino, no se hubiera puesto á cantar. Entónces calló

Erastro, porque sabido es que el amante mas irritado, luego que oye la voz de su amada quiere mas bien darle atento oido, que satisfacer su enojo, cargándola de injurias. Lo que cantó Galatea fuéron estos versos:

A mí me ocupa solo
La guarda del ganado,
Y con mis corderillos
Tiernos, la vida mas tranquila paso.
Si retozan alegres,
Si beben por acaso
De alguna fuente clara,
Entónces mis deseos son colmados.
Duermo la noche toda,
Y cuando va mostrando
Su faz la aurora alegre,
Despierto sin temor y sin cuidados.
Me es dulce este reposo,
Huyo los sobresaltos
De aquel anciano niño,
A quien nombre de amor todos han dado.
Huya amor de mi choza
Y los lobos malvados:

Vosotros sois dichosos,
Corderillos, que os guarda el fiel Melampo!
Ay triste! que no tengo
Mas que este mi cayado
Para defensa mia;
Mas este basta contra el niño anciano.

El acabar de su canto Galatea, y el llegar al arroyo de las Palmas, todo fué en un punto. Estábala allí esperando Florisa, su verdadera amiga, en cuyo pecho depositaba sus mas secretos pensamientos. Habiéndose sentado las dos á la orilla del arroyo, cuando ya comenzaban á entretenerse en coger diversas flores, divisaron á una pastora que ellas no conocian. Mostraba ser esta forastera, de tierna edad y de grande hermosura, la cual venia oprimida del peso de una profunda melancolía. De cuando en cuando se paraba, lanzando profundos suspiros, y levantando al cielo sus ojos bañados en lágrimas: Como

venia

venia tan poseida de sus tristezas, no reparó en Galatea, y llegándose al arroyo, tomó con su mano el agua clara, y lavándose con ella sus ojos cansados de llorar, exclamó: ¡Ay infeliz, y cuan escasa es el agua de tus ondas, cristalino arroyuelo, para que pueda apagar este fuego que me consume!

En oyendo esto Galatea y Florisa fueron presurosas hácia ella, y entre otras razones le dijeron: Si el cielo se muestra tan compadecido de vuestras lágrimas como nosotras, en breve esperamos que se os acabe la causa de derramarlas. Bien veis que nos interesan vuestras penas antes de saberlas; y aunque muchas veces sirve de alivio el referirlas, no nos atrevemos sin embargo á pediros que nos las conteis, porque no padezca mas vuestro corazon. Lo que sí hará esta narracion, respondió la forastera, será privarme tal vez de la

amistad que parece me ofreceis : porque ¿como es posible que vosotras prosigais teniéndome compasion, cuando sepais que todas mis desgracias provienen del amor? Despues de haberla asegurado de nuevo las pastoras del cumplimiento de sus ofertas, la condujeron á un bosquecillo, que de alli desviado estaba, y habiéndose sentado á su sombra, la pastora forastera dió principio á su historia de la manera siguiente :

En las riberas de Henares, rio famoso por la frescura de sus aguas, está situada mi aldea. Mi padre es labrador, y asi todas las ocupaciones de mi vida eran las fatigas del campo : ocupábame pues en llevar á pacer mi ganado todas las mañanas ; y cuando me hallaba sola en medio de los bosques, me recreaba con aquella soledad, escuchando el canto de los pajarillos, que acompañaba con el mio, y cogiendo aqui la coloroda rosa,

allí el lirio sin mezcla de color alguno, acá la clavellina tan varia en sus colores, y formando una guirnalda de todas estas flores, pasaba con ella alegremente todo el día: ni empleaba en otra cosa mi amor que en mis simples corderillos, ni buscaba en el campo mas que flores con que recrearme, y sombra donde descansar. ¡Cuantas veces me burlaba de las lágrimas y suspiros de algunas pastoras que venian á confiarme sus amores! Tengo bien presente en la memoria, que vino un dia la tierna Lidia á echárseme en mis brazos, humedeciendo mi rostro con sus lágrimas. Conmovida de su dolor le enjugué sus ojos, y abrazándola la rogué con las mas tiernas expresiones que me dijese que desgracia tan terrible le hacia derramar tantas lágrimas. ¿Que es esto, amiga mia? le dije; ¿se ha muerto acaso tu padre? ¿has padecido pérdida en tu ganado?

¡Ah, dulce Teolinda mia! me respondió, ninguna cosa puede servirme ya de alivio: él se ha ido..... sí, él se ha ido, y esta mañana he visto á la pastòra Leocadia con la cinta de color de rosa que dí el otro dia á este fementido. Al acabar de oir una relacion interrumpida con tantos sollozos, os juro, amables pastoras, que no pude menos de reirme; lo que parece la hubo de ofender, porque primero puso en mi atentamente sus ojos, y despues bajándolos huyó de mi presencia. Quise entonces detenerla; mas ella, sin dejar de huir, me dijo: Ruego al cielo, Teolinda, que algun dia experimentes el mal que yo padezco ahora, y que halles en quien vayas á contarle la misma compasion que yo en tí he hallado. Estas fueron sus amenazas, y estas son las que veré tal vez verificadas en esta ocasion en vosotras.

No duró largo tiempo la libertad y

el contento con que yo vivia. Sucedió pues que un dia, que era la víspera de la fiesta que celebraba nuestro pueblo, fuí en compañía de otras muchas zagalas á cortar ramos, y á coger flores para adornar la iglesia, y encontramos en el camino una junta de gallardos pastores, sentados á la sombra de unos mirtos: saliéronnos al encuentro todos ellos, porque los unos eran nuestros parientes, los otros amigos; y seis de ellos se ofrecieron á ir por los ramos que íbamos á buscar: aceptando sus ofrecimientos, nos quedamos con los demas compañeros que quedaban.

Estaba alli entre aquellos gallardos pastores un forastero, que era entonces la primera vez que le veia. Apenas puse en él los ojos, cuando sentí que discurria por mis venas un fuego que jamas habia yo experimentado, aunque bien sospeché cual seria su causa. Hallá-

base allí á la sazon Lidia, y quise arrojarme á sus pies para pedirle perdon de no haberla acompañado en su lamento, cuando me contó su desgracia, que era la misma que yo en aquel punto experimentaba. Cualquiera hubiera echado de ver fácilmente en mi semblante lo que pasaba en mi corazon, mas como todos estaban divertidos con el forastero, nadie advirtió mi sobresalto. Estábanle pues pidiendo que diese fin á su canto, que habia interrumpido por nuestra llegada, lo que hizo continuándole, y al punto me entró temor de que cantase cosas de amores, porque si él, decia yo entre mí, está enamorado, no puede menos de ocupar su pensamiento en amores; pero quiso mi fortuna que solo cantase los placeres de la vida pastoral, y los medios de conservar el ganado, sin decir nada de aquello que mata á los pastores.

Al punto que acabó su canto, vimos volver á los que habian ido á cortar los ramos. Venian tan cargados, que caminando á un mismo paso, trabados los unos de los otros, parecian á los que de lejos los miraban que se venia acercando un montecillo con todos sus árboles: cuando estaban ya cerca, entonaron una cantinela villanesca, á la que todos correspondimos; y al punto descargando su verde carga vinieron á ofrecer á cada pastora su guirnalda, que habian entretejido de diversas flores. Habiendo nosotras aceptado sus ofertas, nos disponíamos ya á dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, que asi se llamaba el mas anciano de todos ellos, deteniéndonos nos dijo: Justo es que cada una de vosotras recompense nuestro trabajo, dando su guirnalda al que tenga mas amor. Por cierto que es muy justo, respondio una de mis compañeras ci-

ñiendo con su guirnalda las sienes de un primo suyo; cuyo ejemplo siguieron las demas, escogiendo para este efecto cada cual á uno de sus parientes. Quedaba yo la última: por ventura no habia alli alguno que pariente mio fuese; y asi, mostrándome como dudosa, me acerqué al pastor desconocido, y le dije: Esta guirnalda os doy en nombre de todas mis compañeras en agradecimiento del gusto que nos habeis dado con vuestro canto. Dije estas pocas palabras apresuradamente y sin tomar aliento, y sin atreverme á mirar al que adornaba con mi guirnalda, que creí se me hubiera caido, segun el temblor que llevaba en la mano. Admitió el forastero la merced que le hacia con humildad y agradecimiento, y aprovechándose de la ocasion que nadie pudiese oirle, me dijo en voz baja: Bien á costa mia os he pagado la guirnalda que acabo de recibir,

porque, si vos me habeis dado flores, yo...... No pudo decir mas, ni yo pude responderle cosa alguna, porque mis compañeras me daban prisa á que me fuera; pero despues todo el tiempo que me fue posible tuve en él los ojos fijos. Iba toda embebida en él entanto que duró el camino á la aldea, y luego que llegamos á ella ocupé en él solo mis pensamientos.

Llegado el siguiente dia, que era el de la fiesta, despues de haber rendido gracias al Omnipotente, se juntó en la plaza principal toda la gente del pueblo y de los contornos á celebrar diversos juegos campestres. Presentóse un buen número de mancebos, gallardos por su edad, por sus fuerzas y por su ligereza, á disputar el premio del salto, de la lucha y de la carrera, de suerte que parecia que cada cual se queria llevar el premio; pero yo solo me interesaba por uno solo,

y parece que mis deseos fueron cumplidos; porque Artidoro, que este es el nombre del forastero de mi alma, fue él que se llevó el premio de todos los juegos, y el que alcanzó los aplausos de todos. Alanio, decian unos, corre mas que Silvanio. Marsilio, decian otros, tiene mas fuerzas que Lisandro; pero Artidoro los vence á todos. Escuchaba yo esto que decian, sin atreverme sin embargo á repetirlo, sino que, fingiendo que no lo habia oido, hacia que me lo volviesen á decir.

Acabóse finalmente este tan alegre dia, y al siguiente por la mañana nos juntamos doce jóvenes doncellas, la flor del pueblo, y precedidas de una zampoña, asidas de las manos, nos fuimos bailando hasta llegar á un verde prado, donde encontramos á Artidoro acompañado de los demas zagales, que al punto que nos vieron, saliéndonos al paso

presurosamente, se introdujeron en nuestro baile, y llevándose cada pastor dos pastoras, se destejieron nuestros lazos, que despues se enmarañaron mas. Acordando entonces el son de sus flautas y tamboriles con el de nuestras zampoñas, se dió mas viveza á nuestra danza, y quiso mi buena suerte que yo diese mi mano á Artidoro. La turbacion que esto me causó creí que me hubiera hecho interrumpir el baile; pero reparando en ella Artidoro, me llevó con fuerza tras sí, comprimiéndome hácia su seno, remedio peor mil veces que el mismo mal. Concluido el baile nos sentamos todos sobre la verde yerba con deseo de oir cantar á Artidoro, como lo hizo. Nunca se me caerán de la memoria los versos que cantó, que, á pesar de las lágrimas que tal vez me hará derramar tan dulce recuerdo, los repetiré ahora.

Nunca sereno viéramos un dia;
Siempre el alma en dolor triste estuviera;
Si el amor no nos diese sus consuelos,
Y de flores sembrase nuestras sendas.

Si dos amantes padecen,
Tú, amor, sus dichas aumentas
Y sus males disminuyes:
Bendigan pues tus cadenas.

No hay mal que oprima á un amador amado:
Una voz ó sonrisa le contenta,
Ni aun el hado infeliz hacerle puede,
Pues oyendo *yo os amo*, alegre queda.

Si dos amantes padecen,
Tú, amor, sus dichas aumentas
Y sus males disminuyes:
Bendigan pues tus cadenas.

A la sombra de un tilo, dos amantes
De su himeneo hacian dulce cuenta,
Tranquilos dicen: padezcamos juntos
Y no uno solo venturoso sea.

Si dos amantes padecen,
Tú, amor, sus dichas aumentas
Y sus males disminuyes:
Bendigan pues tus cadenas.

Era

Era ya tiempo de dar la vuelta á al aldea, como lo hicimos, llevando del brazo cada pastor á su pastora; y á mí, fuese por casualidad, ó fuese de intento, me dió su mano Artidoro. Ibamos pues de esta manera, observando un profundo silencio sin atrevernos á mirarnos el uno al otro, esperando solo la ocasion en que el uno de nosotros estuviese divertido para mirarle al descuido, y si acaso se encontraban entre sí nuestros ojos, los bajábamos al punto al suelo. La primera enfin que rompió el silencio fui yo, que le dije: Años te se harán, Artidoro, los pocos dias que estás entre nosotros, si has dejado acaso en tu pueblo alguna ocupacion amorosa. Cuantos bienes tengo, dijo él, daria con sumo gusto porque durasen tanto como mi vida estos dichosísimos dias. ¿Con que tanto os gustan las fiestas? ¡Ah, no, no son las fiestas!... Aquí despidió un

suspiro, y yo suspiré tambien con él: él me apretó la mano; no me acuerdo si apreté yo la suya.

En esto íbamos entretenidos, cuando el anciano Eleuco, cuyas órdenes obedecíamos todos, dijo que cantásemos algun villancico para entrar en la aldea con el mismo contento con que habíamos salido. Yo fuí la que me encargué voluntariamente de cantarle, y sirviéndome de esta ocasion, le di á Artidoro estos consejos, que, llevando en él puestos los ojos, canté en estos versos:

Si quereis ser dichoso
Amante, sed secreto:
Que aquel amar mas sabe
Que guarda mas silencio:
Pues solo es amado el prudente
Que encubre el secreto en su pecho.

Es reprehendido en vano
Amor que con silencio
Se prueba, y que es virtud,
Si le mide el secreto:

Pues solo es amado el prudente
Que encubre el secreto en su pecho.

Pierde el hablar á veces
De una firmeza el premio:
Con que, oculta las dichas
En sufrido silencio,
Pues solo es amado el prudente
Que encubre el secreto en su pecho.

Del corazon no salga
La victoria y sucesos:
Que hallo en placer la gloria
Que en no decirlo pierdo;
Pues solo es amado el prudente
Que encubre el secreto en su pecho.

No sé si acerté en dar gusto á Artidoro con lo que canté, solo sé que supo aprovecharse tan bien de ello, que en todo el tiempo que se mantuvo con nosotros, se portó con tal recato y prudencia en los obsequios que me rendia, que la lengua mas murmuradora no halló en él falta que descubriese.

Estaba pues asegurada de que yo era el objeto de sus suspiros, y ya le habia yo declarado que él era el dueño de mi corazon, puesto que no habia podido recabar de mi otra cosa: ya habíamos convenido en que él se volveria á su aldea, como lo habia dicho, y que de allí á pocos dias enviaria á un amigo de sus padres para que me pidiese al mio, y estábamos seguros los dos de que nuestros padres consentirian en nuestro casamiento, y parecia que todo era favorable á nuestros deseos, cuando, dos dias antes de la partida de Artidoro, ordenó mi mala suerte que volviese de una aldea cercana, adonde habia ido á ver una de mis tias, una hermana mia gemela, la cual, por una casualidad bien extraña, se me parece tanto, en el rostro, voz y talle, y es tal la semejanza que hay entre las dos, que nuestros mismos padres para diferenciarnos nos vestian

de diferentes vestidos; pero nuestras condiciones son sumamente opuestas, y no tendria tantas lágrimas que llorar, si nuestros corazones hubiesen sido formados tambien de un mismo modo.

Esta hermana pues al dia siguiente de su llegada sacó el ganado por la mañana, para conducirle al pasto ántes que yo dispertase: quise despues acompañarla, pero mi padre me tuvo entretenida todo aquel dia en la aldea, y así tuve que renunciar á la dulce esperanza de ver á mi Artidoro. Al caer de la tarde dió la vuelta á casa mi hermana, y me dijo con un aire misterioso que tenia que decirme cierta cosa que me interesaba: el corazon me saltaba en el pecho, adivino tal vez de alguna desdicha. Fuíme pues á encerrar con ella, y juzgad los varios discursos que yo haria miéntras estaba escuchando sus palabras, que fueron estas:

Llevaba, hermana mia, esta mañana por las riberas de Henares mi ganado, cuando vi que se encaminaba hácia mí un gallardo pastor, que yo no conocia, y que, despues de haberme saludado, tuvo la familiaridad de tomarme la mano, cosa que me dejó suspensa y enojada. El silencio que yo guardaba, ni el enojo que no pudo menos de notar en mi semblante, no fueron parte para contenerle en que no prosiguiese en sus demostraciones amorosas: ¿ es posible, me dijo, hermosa Teolinda de mi alma, que no conoces ya á quien te ama mas que á sí propio? Bien conocí su engaño, y que me equivocaba contigo; pero como tu honor me interesa, y como un pastor tan atrevido podria tal vez hacerle gran perjuicio, quise desembarazarte de este importuno para siempre. Guardéme pues muy bien de sacarle del error en que estaba, y hablándole del modo que Teo-

linda debia haberle hablado siempre, respondí á sus razones enamoradas con tal fiereza y sequedad, que le dejaron sumamente atónito, lo que da bien á entender que no estás muy libre de culpa en este caso; pero por fortuna tuya le hubieron de mover mis palabras, porque me dejó, dándome los nombres de pérfida y de ingrata; y á mí me parece que puedo asegurarte que no lo volverán á ver mas tus ojos.

Cual quedaria al escuchar esto, á vuestra consideracion lo dejo, amables pastoras. De buena gana hubiera dado la mitad de mi alma porque fuera ya la madrugada del siguiente dia para ir al momento á sacar del error en que estaba á mi amante desdichado: ¡ah, y que perezosas se me hicieron las horas de aquella noche! Y así fué que aun conservaban su claridad las estrellas, cuando salí al prado, dando tal prisa á

mi ganado, que nunca mis pobres ovejuelas aceleraron mas el paso. Llegué enfin al lugar donde solia ver á Artidoro, y fuí buscándole, repitiendo su nombre amado, y anduve por las riberas, por las alamedas, y por todos aquellos campos; pero Artidoro no pareció. Vuelve, exclamaba, vuelve, amado dueño mio, que aquí tienes á la verdadera Teolinda, que solo vive porque te ama. Repitió el eco mis palabras, mas no ví que mi Artidoro viniese. Cansada al fin de tanto buscarle, me fuí á sentar al pie de un verde sauce, esperando que esclareciese mas el dia para volver andar los mismos lugares por donde habia ya andado; pero apenas daban lugar los primeros rayos de la aurora á que se distinguiesen los objetos, cuando reparé en unas letras que ví grabadas en la corteza de un chopo, y mirando con mayor atencion ví que eran de la mano

de Artidoro. No sé como sin perder la vida pude leer los versos que ahora os repetiré:

Bella como inconstante,
Que asi me privas de la dulce vida,
Que lo que un tiempo amante
Jurabas, fementida,
Tu alma ingrata, oh gran dolor! olvida;

Ya con eterna ausencia,
De mi vida y mi alma dueño hermoso,
Tu terrible sentencia
(Momento lastimoso!)
Va á cumplirla tu amante doloroso.

No mas ya tus traidores
Ojos me mirarán; y pues que hoy muero,
Hablar de mis amores
La última vez quiero,
Y al juramento repetir, que al fiero

Corazon tuyo, aleve,
Hice, ay! por mi mal: quede esculpido
En la corteza leve:
Veráséle aqui crecido,
Mas firme que en tu pecho encrudecido.

A Dios..... (oh pena horrible!)
Hasta el mismo sepulcro te he adorado.
En suerte tan terrible
Tengo por feliz hado,
Callándole, morir desventurado.

Si tanta desventura
Un suspiro de esa alma empedernida
Arranca por ventura,
Será de mí tenida
Por mas dulce la muerte que la vida.

Dos veces leí con ojos enjutos esta triste despedida; pero cuando quise volver á leerlo aun tercera vez, me lo impidieron las lágrimas, que á no haber saltado de mis ojos me hubiera quedado allí mismo muerta de dolor, el que acabó desde entonces de privarme de lo poco de razon que me habia conservado el amor. Resolví dejarlo todo para ir en busca de Artidoro, y así quise irme de allí mismo al punto; pero no me podia determinar á desprenderme de aquel chopo, donde estaba esculpida la sen-

tencia de mi muerte. Probé, aunque inútilmente, á arrancar la corteza donde estaban escritos los versos, para llevármela conmigo; mas hube de contentarme con besarla mil veces y con bañarla de mis lágrimas; y hecho esto empecé á huir por aquellos campos, repitiendo las últimas palabras que habia acabado de leer.

He llegado por fin á estas riberas, que no estan muy distantes de la patria de mi amante; pero hasta ahora nadie ha sabido darme nuevas de él. Lo que he resuelto ya es buscarle algunos dias mas; pero si fueren inútiles cuantas diligencias hiciere, si no hallo á mi Artidoro porque ya no viva, quiero seguirle. Sí por cierto, dijo la pastora deshaciéndose en lágrimas, resuelta estoy á seguirle, pues esta es la única esperanza que me ha quedado.

Asi contó Teolinda su historia. Hicieron todos los esfuerzos posibles por con-

solarla Florisa y Galatea, y esta le dijo:
Podeis quedaros en nuestra compañía, que haremos todo lo posible por encontrar á Artidoro, y hasta tanto que le hallemos juntaremos nuestras lágrimas con las vuestras. Agradecida Teolinda á estos ofrecimientos abrazó á Galatea prometiéndole que permaneceria con ella algunos dias.

Viendo las pastoras que ya el sol habia descendido al ocaso, recogieron su ganado para llevarle á la aldea. No bien habian andado la mitad del camino, cuando Galatea echó de menos su cayado, y pidió entonces á Florisa y á la forastera que tuviesen cuidado de sus corderos entanto que volvia sola á buscarle. A pocos pasos andados, descubrió por entre los árboles á un anciano pastor llamado Lenio, sentado en el mismo puesto donde ella habia estado antes, que tenia en las manos el cayado que iba á buscar.

Pasaba

Pasaba á la sazon Elício por allí, que volvia á su cabaña con su pobre rebaño de cabras, y echando de ver el cayado de Galatea, se paró mirando con ojos asombrados á Lenio. Reparando Galatea en la admiracion de Elício se ocultó entre un zarzal para oir desde allí lo que diria el pastor ¿ Pues como, le preguntó este á Lenio con voz alterada, ha llegado á tus manos este cayado? Acabo de encontrármele aquí, respondió el anciano pastor, y le destino para Belisa, que seguro está que no rehuse un don tan hermoso. Aunque mi deseo, dijo Elício, es de que enternezcas á tu Belisa con el don de este cayado, lo conseguirás sin embargo mejor con el mio, por ser mas hermoso; mira como la corteza sutilmente despegada se enreda al rededor de él, de suerte que parece una rama de yedra entrejida con él: pide cuanto quieras, que te lo daré por trocarle con

el que tienes. Pues así es, dame la mas hermosa de tus cabras, dijo Lenio. Ah! pues bien, bien, dijo Elicio; yo vengo en ello; no tengo mas que seis cabras, míralas aquí: escoge la que quieras. No tardó Lenio mucho tiempo en determinarse, porque de entre las seis cabras de Elicio solo una estaba para parir, y esta fué la que escogió, y dándosela este arrebatado de gozo se hizo el trueque del cayado, que recibió entre sus brazos con toda su alma. Hecho esto se separaron los dos pastores, quedando igualmente satisfechos, y Galatea envuelta en mil pensamientos se volvió adonde estaban Florisa y Teolinda, que le preguntaron por su cayado. Alguno se le habrá llevado, respondió Galatea, pero no se me da mucho.

Las sombras de la noche venian ya corriendo aprisa por la falda de los montes; y las aves congregadas en las

frescas hojas disputaban entre sí con sordo arrullo la rama que les habia de servir de lecho aquella noche, y resonaban por todas partes los caramillos de los pastores y los cencerros de las cabras que se venian ya acercando á la aldea. Luego que entraron en ella los pastores, encontraron grandes aparatos de fiesta, cuya causa supieron luego, y era que Daranio, uno de los labradores mas ricos, se casaba al otro dia con Silveria, cuyo dote se reducia á lo garzo de sus ojos. Queria el pródigo amante celebrar su ventura, haciendo las bodas mas suntuosas, y así convidó á todos los pastores de las aldeas comarcanas. Acababa de venir á ellas con su amigo Damon el celebrado Tirsis, que era sin igual en el canto y en tocar la flauta. Resolvióse Teolinda á permanecer allí en compañía de Galatea, con la esperanza de que tal vez podria hallarse en aquellas bodas

Artidoro. Y todos los demas pastores estaban preparándose para los juegos y las luchas que se habian de celebrar para que fuesen las fiestas completamente regocijadas.

GALATEA.

LIBRO SEGUNDO.

¿Cuando será el tiempo que pueda pasar el resto de mis dias en la soledad de una aldea? ¿ Cuando seré el dueño de una pequeña casa, rodeada de árboles frutales? tendria por términos un jardin, un vergel, un prado y un colmenar; y un arroyuelo que correria entre unos frondosos castaños seria la muralla que cercase todos mis dominios, de donde jamas pasarían mis deseos: ¡ que dias tan felices viviria en este sitio tan delicioso! Ocuparia todos los instantes de mi vida en su cultivo, en el paseo y en la lectura: tendria para mi sustento, tendria para dar á otros, pues sin esto no hay riqueza, y tenerla solo para sí

es no poseer ninguna: ¡Que envidia á mi parecer no excitaria en los mayores monarcas del orbe si llegase á poseer todos estos bienes en compañía de una esposa honesta y amable, y mucho mas si veia á nuestros pequeñuelos hijos juguetear sobre la menuda yerba, y disputarse entre sí cual correria mas para llegar mas pronto á echarse en los brazos de su madre! Esta era la suerte que esperaba á los pastores cuyos sucesos escribo. Un matrimonio feliz suele ser las mas veces el fin de una larga pasion. Esto experimentó Daranio, que, despues de haber largo tiempo amado á Silveria y de haberle ella correspondido, iba por fin aquel dia á desposarse con ella.

Apenas mostró su rosada faz la aurora por el horizonte, cuando se presentaron en la plaza principal del pueblo todas las gentes de la aldea y las de la comarca. Empleábanse unos en entretejer ramos

para enramar la puerta de la casa de los desposados: otros con sus flautas y tamboriles les daban una alegre alborada: sonaba en unas partes la rústica zampoña, en otras el violon armonioso, y á lo lejos el antiguo salterio: este adornaba sus castañuelas con cintas, aquel con flores su sombrero, y cada cual procuraba mostrarse á su modo galan á los ojos de su amada, de suerte que todo el mundo se sentia agitado del amor y de la alegría. No tardaron mucho, en comparecer los novios, que salieron ricamente vestidos: Galatea y las demas zagalas llevaban enmedio á Silveria, y Daranio iba tambien acompañado de Elicio y los demas pastores. Formados en este agradable escuadron al confuso ruido de los rústicos instrumentos se encaminaron al templo, y despues que en él los esposos se prometieron una eterna fidelidad, dieron la

vuelta hácia la plaza. Y todas las zagalas fueron á buscar los regalos que tenian preparados para la novia. La primera que volvió ofreció un azàfate de frutas á Silveria : otra presentó en su sombrero unos huevos frescos que habian puesto sus gallinas : cual le dió una gallina, cual un pollo; y todas en fin sin emulacion ni vanidad ofrecieron los dones que les proporcionaban sus facultades. Llegó á su tiempo Galatea, y le regaló dos tórtolas que acababa de coger en una red un zagal de su padre, y apenas podia sujetarlas con sus manos, porque no queria apretarlas temiendo hacerles daño, y se le escapaban continuamente por entre sus dedos las blancas alas de las avecillas y sus piquillos de color de rosa. Llegóse pues apresurada adonde estaba Silveria, y saludándola con semblante afable, le dijo: Querida amiga, aquí tienes estas avecillas, que

parece quieren pasar su vida en vuestra compañia : por tu amor, que las tomes, pues todos los esposos fieles deben acogerlas. Dicho esto presenta las tórtolas : Silveria alarga sus manos para tomarlas : Galatea abre las suyas, y las dos avecillas, aprovechándose de tan bella ocasion, y pasando ligeramente sus alas por los rostros de las pastoras, huyeron romontándose por los aires. Admirada Silveria, y casi entristecida Galatea, mirándolas las perdieron bien pronto de vista : y mirándose despues la una á la otra sin hablar palabra, todos se riyeron, menos Galatea. Acercóse á ella Elício, y le dijo en voz baja : bien os han castigado vuestro descuido estas avecillas ; pero ellas se verán precisadas á volver á buscaros, y yo os lo aseguro. No cuido de eso, dijo Galatea, solo me consolaré con que tengan mas ventura en otra parte ; y al punto envió á su rebaño

por un hermoso corderito que ocupó el lugar de las tórtolas.

En el tiempo que duró la oferta de los dones, se prepararon bajo la sombra de una espesa enramada las mesas, que se vieron al punto proveidas de manjares. Mandó Daranio, como que era el señor de la fiesta, que se sentasen los pastores mas ancianos, las que eran ya madres y las zagalas, y que permaneciesen en pie los zagales para que sirviesen á la mesa: colocáronse los músicos un poco mas retirados en una especie de teatro, levantado sobre unos grandes toneles. Rompió la música; pero la interrumpian á cada paso los gritos de alegría que procedian del placer y del regocijo que se veian pintados en los semblantes de todos. Unos hablaban, otros no hacian mas que oir, y todos reian confusamente: todos estaban alegres, todos satisfechos, de suerte que quien los viese juzgaria que

cada pastor acababa de unirse en matrimonio con su amada.

Alzadas las mesas, propuso Daranio, para que fuese completa la fiesta, que se tuviese una contienda pastoril, y quitándose Silveria su guirnalda, dijo que ella seria el premio que se llevase el que celebrara mejor en sus versos á su pastora. Enmudecieron entonces los instrumentos, y todas las zagalas miraron á sus zagales, y todos ellos se dispusieron para cantar, y aun el mismo Erastro quiso entrar en la liza; pero apenas vió que se habia levantado el famoso Tirsis, cuando se volvió al punto á su asiento. Nadie se atrevia á salir á competir con Tirsis, y Elicio fue el único que se presentó, diciéndole: No pretendo, famoso pastor, disputarte la guirnalda, solo quiero celebrar en mis versos el objeto de mis amores. Prestando todos un sosegado silencio, empezaron los dos

rivales á cantar alternativamente estos versos.

TIRSIS.

El dulce objeto de mi pecho amante
Es mi adorada Filis y graciosa:
Suenen pues en mi canto en adelante
Solo amor y mi Filis amorosa:
No tienen que escuchar ya cuanto cante
Los que conocen á mi amada hermosa:
Pues ¿ que mas puedo yo decir ahora,
Habiendo dicho á quien mi alma adora?

ELICIO.

Yo siempre dejaré el nombre callado
De aquella mi pastora, cuyo fuego
Dulce mi tierno pecho enamorado
Le abrasó para siempre. Mas, ay ciego!
Que descubro quien es mi objeto amado,
Si pinto su hermosura, porque luego
Que diga que mi amada es la mas bella,
No habrá quien no pueda conocella.

TIRSIS.

Cual la fresca manzana colorada
Es el vivo color de la lustrosa

Mejilla

Mejilla de mi Filis adorada:
La lumbre de sus ojos amorosa
Con que mira tan tierna y regalada,
Y el negro arco, que de muy graciosa
Suerte forman sus cejas levantadas,
Dejan las almas ay! aprisionadas.

ELICIO.

La nieve que deslumbra en su blancura,
Y el color de la rosa delicada,
Se asemejan en todo á la hermosura
Que mi alma feliz tiene llagada:
La nieve de aquel rostro no la apura
La ardorosa calor demasiada,
Ni el hielo del invierno riguroso.
Marchita aquel color de rosa hermoso.

TIRSIS.

Dos años hace que la Filis mia
Causa ella sola mi amorosa pena:
Amola desde el venturoso dia
Que de sus ojos ví la luz serena:
Y en sus rubias madejas se escondia
Para esperarme Amor, y la cadena
Que ahora me aprisiona en dulce lloro
Formaba el dios de sus cabellos de oro.

ELICIO.

Estoy ya largo tiempo padeciendo
Bajo el imperio del amor hermoso.
Cuando la hermosa ví, por quien ardiendo
Estoy en fuego dulce y amoroso;
Ví que el alado Niño sonriyendo
Volaba por sus ojos vagaroso,
Y por lo que en mi pecho ya sentia,
Que allí el amor estaba conocia.

TIRSIS.

Al modo que un espejo que, quebrado
Por mil partes y roto, representa
El objeto otras tantas duplicado
A nuestra vista que lo mira atenta:
No de otra suerte de una vez mirado
El rostro de mi bien, no hay quien no sienta
Que se queda en su pecho retratada
La dulce imágen de mi Filis amada.

ELICIO.

Como un simple cordero que balando
Busca su tierna madre que ha perdido,
Pero cuando la ve venir, saltando
A ella corre de gozo enloquecido:

Los pastores asi de placer blando
Todos sienten su pecho conmovido,
Si se presenta la pastora mia
A sus ojos que agita la alegría.

TIRSIS.

Para mi Filis tengo yo guardados
Para el dia de sus años venturoso
Dos tiernos recentales y manchados,
Que yo mismo he criado cuidadoso.
Bastantemente quedarán premiados
Estos cuidados de este tu amoroso
Pastor, mi bella Filis, si le dieres
Las flores de que entorno te ciñeres.

ELICIO.

No tengo nada que ofrecer, cuitado!
A la hermosa que adoro enternecido:
Solo me habia el corazon quedado
Y mi fuerte Melampo, y lo he perdido;
Porque mi corazon enamorado
Es ya despojo de mi bien querido,
Y mi Melampo solo sigue ahora
Como yo á mi hermosísima pastora.

Aqui dieron fin á su canto los dos pastores, y sin saber Silveria á cual

determinarse, hubiera premiado á los dos igualmente, pero les dijo: Como no hallo, gallardos pastores, diferencia en vuestro canto, no me atrevo ni sé á cual prefiera, y así recibid cada uno de vosotros una guirnalda de laurel, y permitidme que dé la mia á quien le pertenece, que es á mi mas verdadera amiga. Diciendo esto presentó á Tirsis y á Elício dos coronas iguales, y volviéndose á donde estaba Galatea, ciñó con su guirnalda la frente de la pastora.

Hizo luego la música la señal del baile, y fue Elicio á buscar á Galatea, que lo aceptó cubierta de rubor. Me parece, le dijo Elicio medio temblando, que no os hubiera disgustado que Tirsis se hubiera llevado el premio. No lo creais, respondió Galatea, antes hubiera sentido, siquiera por el honor del pueblo, haberos visto vencido por un forastero. Esto solo se dijeron, sin atreverse á ha-

blar mas todo el tiempo que duró el baile.

Luego que cayeron las sombras de la noche fueron todos á cenar á casa de Daranio, menos Galatea que se quedó en su cabaña con Florisa y la sin ventura Teolinda. Al punto que se partieron estas tres pastoras, tomó Elício el camino de su cabaña en companía de Erastro, Tirsis y Damon: estos dos últimos hacia dias que eran ya fieles amigos suyos, y no ignoraban nada de sus penas amorosas.

Poco trecho habrian andado ya del camino, cuando al pasar por el pie de una antigua ermita, situada en la cima de un montecillo, llegó á sus oidos el son de una harpa. Detengamos el paso, si os parece, les dijo Erastro, y oiremos la voz de un mozo que hará quince dias que ha venido aqui á meterse ermitaño. Por varias veces que he hablado

con él, he llegado á creer que es algun personage de importancia, que por sus desgracias se ha visto precisado á dejar el mundo, y cierto que si Galatea prosigue en tratarme tan cruelmente, como hasta aqui, le aseguro que he de cumplir el propósito que tengo hecho de meterme ermitaño con este. Esto que dijo Erastro puso á los pastores en vivos deseos de conocerle, y asi subieron al montecillo sin hacer ruido, y de alli á poco descubrieron á un mozo como de unos veinte y dos años, sentado sobre una peña, vestido de un tosco buriel, rodeada á la cintura una áspera cuerda, y desnudo de pie y pierna: tenia en sus manos una harpa, de donde hacia salir un son lamentable, y tenia puestos en el alto cielo sus ojos humedecidos, y dos largos hilos de lágrimas le corrian por sus mejillas. El silencio de la noche el pálido resplandor de la luna, y el

santo horror que inspiraba la ermita, todo parece que disponia el alma para escuchar el lúgubre canto del ermitaño, el cual despues de haber recorrido por algun tiempo las cuerdas de la harpa, soltó al viento su voz, cantando lo siguiente:

El formidable amor, y la mudable
Fortuna, y hasta la amistad sagrada,
Unico bien del hombre desdichado,
Con furia desusada
Me han reducido á tan terrible estado,
Haciéndome por siempre miserable:
Envano canso al cielo
Con mi importuno llanto:
Pues en mi desconsuelo
Mi dolor no le mueve ni quebranto.

Que siempre padeciese disponia
Mi suerte, y asi ha sido:
Perdí yá todo cuanto aqui tenia.
Ay, todo lo he perdido,
Y el fin no llega de la vida mia!

Santa amistad y pura y regalada,
Dulce regalo de la humana vida:
Por mí en las aras del amor hermoso
Fuiste sacrificada:
Mas bien pago esta ofensa cometida.
Concede al alma triste algun reposo:
Tú que eres en el suelo
Del hombre la ventura:
En vez de dar consuelo,
¿Porque aumentas mi horrible desventura?

Que siempre padeciese disponia
Mi suerte, y asi ha sido:
Perdí ya todo cuanto aqui tenia.
Ay, todo lo he perdido,
Y el fin no llega de la vida mia!

Poniendo silencio á su canto, el ermitaño reclinó en el seno la cabeza, y cesando de tocar la harpa, dejó caer las manos sin movimiento alguno. Llegaron apresuradamente los pastores á socorrerle, y trabándole Erastro del brazo le hizo volver en sí; pero luego le estuvo mirando el ermitaño por mucho

tiempo, como quien despierta de un espantoso sueño. Y vuelto ya en sí le dijo: Ese cuidado, pastor, con que procuras mi bien, sirve solo de dilatar la corriente de mis desgracias, no siendo la menor que me sucede el no poderos pagarlo mas que con un estéril reconocimiento. Contadnos, le dijo Tirsis, os pedimos, la ocasion de vuestras desventuras, pues digna es, me parece, de esta confianza la tierna amistad que por vos hemos concebido. ¡ Oh, Dios, exclamó el ermitaño, que nombre acabais de pronunciar! la amistad!... Enfin yo satisfaré en cuanto pueda vuestros deseos, pues tengo muchas razones para hacerlo, puesto que de vuestra aldea soy proveido de todo lo necesario para mi triste existencia, donde siempre me dan mas de lo que necesito, ya sí es justo que si á vosotros os debo la vida, os dé cuenta de mis desgracias.

Al oir esto los pastores se le arrimaron mas, y entonces comenzó el mozo ermitaño á contar de esta manera la historia de sus infortunios.

En la antigua y celebrada ciudad de Jerez, de Minerva y Marte favorecida, vivia un caballero mozo, llamado Timbrío, de prendas tan singulares, que su heróico valor era la menor que tenia. Llevado yo de cierta aficion invencible, á este sugeto, procuré por todos los medios posibles serle su particular amigo, y lo conseguí tan completamente, que olvidándoseles á los que nos conocian el nombre de Timbrio y el de Silerio, que es el mio, nos llamaban solamente *los dos amigos*. Es verdad que nosotros nos hacíamos merecedores de este nombre tan dulce, porque andábamos siempre unidos en nuestros dichosos años, que pasaron como un momento. Nuestras únicas ocupaciones eran los honrosos

ejercicios de Marte, nuestros únicos recreos la caza, y nuestras únicas pasiones la amistad.

Vivíamos pues en este estado tan dichoso, cuando un dia, que fué el mas desgraciado de mi vida, tuvo Timbrio una pendencia con un caballero llamado Pransiles. Obligóle á mi amigo su familia á retirarse; como lo hizo, dejando escrita á Pransiles una carta en que le avisaba que se partia á Nápoles, donde le hallaria siempre pronto á terminar aquella diferencia como convenia á un caballero. Hallábame á la sazon tan falto de salud, que no estaba en estado de poder seguir á mi amigo, el cual no sabré deciros con cuantas lágrimas se apartó de mi presencia, prometiéndole yo que al punto que lo permitiese mi salud, volveria á su compañía; pero no pasó mucho tiempo que no conociese que su ausencia me fatigaba mas que la misma

enfermadad; y así sin esperar á mas, teniendo noticia de que en Cadiz se aparejaban cuatro galeras para Italia, resolví embarcarme. Aunque me hallaba sin fuerzas, por estar convaleciente, dándomelas la amistad, me hice á la vela, y prosperando el viento mis deseos, en breve tiempo arribamos á las riberas de Nápoles, en cuyo puerto dimos fondo ya de noche.

Cuando me partí de él, al atravesar por una calle, sentí ruido de espadas, y pude divisar que era un hombre, que, arrimado á la pared, se defendia él solo de cuatro asesinos. Entré entonces volando por medio de ellos á defenderle, siguiéndome mis criados que me ayudaban, y este acometimiento tan inesperado hizo poner en vergonzosa fuga á aquellos cuatro cobardes. Desembarazado de ellos me acerco á aquel hombre desconocido para mí: le hablo, le miro atentamente,

y

y veo que es mi mismo amigo Timbrio, y estréchole entre mis brazos llorando de alegría ; pero me fué bien costoso el placer de haberle encontrado : porque es de saber que mi amigo se hallaba herido , y aquel dulce movimiento que le causó mi vista le acabó de consumir las pocas fuerzas que le habian quedado, de modo que cayó en mis brazos desmayado y vertiendo sangre. Envié al punto á buscar socorro , y en esto volvió en sí Timbrio ; vino el cirujano , que despues de haberle registrado la herida me aseguró que no era mortal. Consolado yo algun tanto con este informe , formamos con nuestros brazos una especie de angarillas, y de este modo llevamos á su casa á mi desgraciado amigo, donde supe la causa de este asesinato.

Cuando Timbrio llegó á Nápoles, habia traido cartas de España para uno de los principales caballeros de aquella

ciudad, cuya familia era tambien española. Fué recibido en aquella casa con el amor que es natural recibir á un paisano, y habiendo visto allí mi amigo á la hija mayor de aquel caballero, llamada Nísida, que era la doncella mas hermosa y mas honesta de toda la ciudad, quedó ciegamente prendado de sus gracias, pero en cuantas veces habia entrado en su casa no se habia atrevido á declarar su pasion á esta dama, por la timidez y veneracion que le habia cobrado. A este tiempo andaba tambien enamorado de ella cierto príncipe italiano, y habiendo sabido que tenia un rival, y el rival que era, y temiendo que se le prefiriese por su valor y por su mérito personal, tuvo la cobarde bajeza de mandar asesinarle. Habiéndose divulgado este suceso por la ciudad, y llegado á oidos del padre de Nísida, se indignó de tal manera de que por su

hija se hubiese tenido tal pendencia, que prohibió para siempre la entrada en su casa al príncipe italiano, y á mi amigo Timbrio, á quien causó mas daño esta prohibicion que la herida. Consumido pues mi infeliz amigo de una pasion que se aumentaba mas y mas con los mismos obstáculos, y desesperado por no haber declarado su amor á Nísida cuando tuvo ocasion, se abrasaba en deseos de volver á verla á cualquiera costa que fuese. Discurria mil medios que le parecian fáciles, y un momento despues los desechaba como impracticables: no hacia mas que escribir billetes y luego rasgarlos, y se proponia en su imaginacion mil proyectos imposibles. En fin con este continuo desasosiego y esta melancolía, se le empeoró tanto la herida, que en breve tiempo se vió mi pobre amigo en peligro de morir. Condolido yo de verle en tál estado me resolví á introducirme

en casa de su amada, por ver si hallaba algun medio de curarle.

Vestíme pues para este intento como un cautivo recien rescatado, y tomando una guitarra y paseándome todas las noches por la calle de Nísida, y cantando romances viejos, pasé por un Español que habia escapado de las manos de los bárbaros. Salióme tan bien esta traza, que en pocos dias ya no se hablaba de otra cosa en todo el barrio que del músico cautivo, y llegando esto á noticia del padre de Nísida, quiso oirme cantar aquellos romances, y asi me dió entrada franca en su casa. Ay, amigos! entonces ví á Nísida, y en aquel punto perdí mi sosiego y mi ventura: entonces fue cuando me atreví á poner los ojos en aquel rostro divino, en aquel talle tan delicado, y en aquellos ojos tan dulces, cuya luz mitigaba algun tanto cierto aire melancólico, y en aquel

punto sentí que discurria por mis venas el veneno amoroso. No tenia entonces otro recurso que el de desamparar aquel puesto ; pero ay ! que yo no podia, y en aquel momento, me sentia tan enfermo como el sin ventura Timbrio ! Rogáronme cantase alguna cosa, ¡pero como habia de hacerlo quien ni hablar podia ! esforzándome sin embargo como pude, les canté entre otros un romance oriental, que me habia enseñado un esclavo Persa.

Rogaron entonces los pastores al ermitaño que les cantase el romance , y él tomando la harpa , con acento delicado, les cantó los versos siguientes :

El hermoso Nelzir
Por Semíris ardia ,
Y era tambien amado
De su Semíris linda.
En verse y en amarse
tenian su delicia ,

Y su vida pasaban
En contarse su dicha.

Mas de muy poca cosa
Las mas veces las dichas
Dependen, y por nada
Desvanecerse miran.

Y asi es que de una rosa
(Y quien lo pensaria!)
La suerte de Nelzir
En todo dependia.

Entanto que conserve
La flor su lozanía,
La flor de donde pende
Del buen Nelzir la dicha,

El infeliz mancebo
Conservará la vida;
Mas morirá sin duda,
Si la flor se marchita.

Cuidadosa por esto,
Siempre Semíris mira
Las hojas de la rosa
Con muy atenta vista.

Y con tímida mano,
Laboriosa cultiva,

Aquel rosal, de donde
Pende toda su dicha.

Sus medio abiertos labios
Besó Nelzir un dia
A su Semíris bella,
Y ella reconocida,

Quiso tambien pagarle;
Pero no se atrevia,
Y envano la alentaba
El amor en que ardia:

Y ya que no á su amante,
Quiso á la florecilla
Que acababa de abrirse,
Besar agradecida.

Mas ay! que con sus labios
La rosa se marchita;
Y asi quitó Semíris
A su amador la vida.

Cae á sus pies Nelzir,
Pálido y ya sin vida,
Y apretando su mano
El infeliz espira,

Y á su pesar Cupido
De su pecho salia:

Atónita y temblando
Semíris lo veia,

Que en los pálidos labios
De Nelzir, afligida
Busca ansiosa la muerte,
Y su boca marchita.

Juntando con los labios
De quien fue la homicida,
Dándole solo un beso
La desdichada espira.

Entre los que me estaban escuchando se hallaba tambien una hermana de Nísida, llamada Blanca, que aunque menor en los años no lo era en la hermosura. Esta pués dió muestras de agradarle mas que á nadie mi canto: ensalzó con grandes alabanzas mi voz y yo le dí las gracias puestos siempre los ojos en su hermana. Me rogó su padre que repitiese las idas á su casa, y yo de industria me dejé rogar bastante, antes de aprovecharme de su licencia. Aunque temia y con razon que cada

dia se profundizase mas en mi pecho la flecha de que estaba traspasado; sin embargo, á instancias de mi amigo, y arrastrado de mi pasion, volví repetidas veces á casa de Nísida: volvíla á ver, y acabé de perder toda esperanza de remedio.

Dejo á vuestra consideracion lo que pasó en mi alma en este tiempo. Yo amaba á Timbrio mas que á mi vida, y á Nísida tal vez mas que al mismo Timbrio: este amor se aumentaba cada vez mas con verla todos los dias, y no podia dejar de hacerlo por el interes de mi amigo, que, débil entonces y convaleciente, no tenia otro arrimo su esperanza, que la que le daba lo que yo hacia por él. Por otra parte el tiempo, lejos de aliviar mi pena, no servia mas que de aumentarle, pues sentia que cada instante crecia mas y mas el rigor de mi pasion, de mis remordimientos y desventura. A la fuerza de tantos males

no pudo resistir mi salud, y así desaparecieron de mi rostro los frescos colores de la juventud, y mis ojos hundidos ya, y amortiguados con fatiga se fijaban en aquella que causaba mi muerte. En fin yo llegué á tal extremo, que el mismo padre de Nísida mostró causarle compasion mi estado, y aun á ella misma, y en especial á su hermana Blanca, que me pidieron con la mayor ternura que no les ocultase nada de lo que me afligia.

Viendo yo tan bella ocasion, reprimiendo mis deseos y teniendo presente á lo que la amistad me obligaba por un amigo, por quien antes me dejaria morir que faltarle en la amistad que le debia, me esforcé como pude á decirles estas palabras: La compasion que mostrais, señoras, de mi mal, seguramente seria mucho mayor si supieseis que la amistad le causa. Sabed pues que un ca-

ballero mozo de mi misma patria é íntimo amigo mio, se halla enamorado de la dama mas hermosa que se encuentra en todo lo descubierto del universo; pero la ama con tal respeto, que jamas se ha aventurado á descubrirle su pasion, y este le ha reducido á términos de perder la vida. Esta es pues la causa del sentimiento que me veis hacer por un hombre el mas honrado y el mas digno de amarse, que tal es mi amigo á quien, segun veo, un amor desgraciado le va á conducir sin remedio al sepulcro. Aquí llegaba yo con mis razones, cuando Nísida me interrumpió, diciendo: Aunque no sé yo, Silerio, todavía que es esto que llaman amor, me parece sin embargo algo de simplicidad el que un amante se deje morir de ese modo sin aventurarse á declarar su pasion á la causa de ella; porque de esta declaracion no se puede seguir ofensa alguna,

y suponiendo que sea admitido desabridamente, siempre le queda tiempo para morirse. Hermosa Nísida, le dije, cuando se mira el amor con ojos indiferentes se ven en él tales puerilidades que mueven á risa ó á compasion; pero cuando se mira teniendo el alma llagada de él, en vez de podernos aprovechar del entendimiento y de la razon, solo nos sirven de causar en nosotros mayor desórden. En esta situacion se halla mi amigo, de quien he podido conseguir á fuerza de persuasiones que escribiese á su amada alguna carta, que me encargué yo mismo de dársela, y con esta esperanza de que la vea algun dia la traigo siempre conmigo. ¿ No se podria ver esa carta? dijo Nísida, porque es grande el deseo que tengo de ver como se explica un amante enamorado de veras. Ofreciéndome la ventura una ocasion tan oportuna, no quise

quise desaprovecharla, y así saqué luego del seno la carta que dias ántes me habia dado Timbrio, que estaba concebida en estas razones.

» Ya habia determinado, señora, no » declarar jamas la pasion que me con» sume, pareciéndome mas acertado » merecer vuestra compasion con mi » muerte, que no vivir en vuestra des» gracia declarándola: pero ¿no seria » cosa bien terrible que yo no me aven» turase á deciros que sois el objeto de » mi pasion? Si juzgais acaso que no » ofende vuestra delicadeza esta decla» racion, procuraré prolongar los tér» minos de mi vida para ofrecérosla en » sacrificio; pero si os pareciere un te» merario atrevimiento, digno de cas» tigo, no tardaré mucho en expiarle » con mi muerte ».

Grande fue lo atencion con que leyó Nísida esta carta, y en acabándola de

leer dijo : cierto que segun me parece no hallo cosa en que pueda agraviar una declaracion de amor tan respetuosa como es esta, y así te aconsejo que no dejes de dar este billete, sin que tengas que temer que sea mal recibido. Pero ved, señora, le dije, que aun no ha llegado la ocasion ; y por otra parte, mi amigo, si vos como podeis no quereis prolongar el término de sus dias, se muere sin remedio. ¿ Y como ha de ser eso ? dijo ella. Haciendo cuenta, le dije, que sois vos á quien se dirige la carta, y dándome alguna respuesta que le lleve, para que con este sencillo engaño le volvais á la vida, y yo tenga tiempo para hallar ocasion de poner en práctica lo que deseo. Pero no veis, me dijo, que eso no puede ser ? porque como yo nunca he dado respuesta á semejantes cartas, no querria que la primera vez que lo hiciese fuera fingidamente : cuanto mas

que ¿ quien te impide que le cuentes á tu amigo todo lo que te acaba de pasar conmigo, poniendo en lugar de mi nombre el de su amada ? Y ademas le puedes decir como ella leyó su carta, y el ánimo que te daba para que se la dieses, y que, aunque es verdad que no te atreviste á declararle que era para ella esta carta, tienes sin embargo esperanza de que no le causará pesadumbre el saberlo : paréceme que este artificio bastará para que recobre su salud tu amigo, el cual no puede por ningun caso salir desmentido cuando llegues á hablar á su verdadera dama.

Admirado de semejante invencion, con lengua atropellada le dije algunas expresiones de agradecimiento, y fuí corriendo al punto á contar á Timbrio todo lo que me habia pasado con Nísida. La esperanza que le excité con esto, su alegría y su reconocimiento, fueron

otros tantos lazos que me estrecharon mas y mas con la obligacion de la amistad ; y así fue que reiteré mis esfuerzos con Nísida , y arrastrado de una pasion que se aumentaba con su vista , no le hablaba de otra cosa que de mi amigo : empleaba en su favor todas aquellas espresiones que me dictaba el amor que dijese en el mio , y enfin yo me valí de la amistad aun hasta para aquella pasion que debiera haberla destruido : por último yo me atreví á revelar todo el engaño , diciéndole á Nísida que el que habia estado á peligro de morir era mi amigo Timbrio : encarecí su nacimiento , sus cualidades y sus virtudes : y yo enfin le hice una pintura de él , cual yo me le imaginaba. Aunque no se habia olvidado de él Nísida , dió á entender verdadera ó falsamente que le causaba extrañeza lo que yo le decia , y me reprendió mi atrevimiento , y

amenazó con que daria cuenta de ello á su padre; pero á pesar del enojo que se esforzaba á aparentar, vi, sin quedarme duda alguna, que Timbrio era amado.

Este fue para mí el último golpe que estaba temiendo largo tiempo habia, y que no fue el que me dió menos que padecer. Resolví pues darle parte á Timbrio de su ventura, y ausentarme al momento de su presencia en busca de algun desierto para acabar en él la vida en manos del dolor. Pero ay! que yo contaba demasiado con mis fuerzas; pues en el punto que me determiné á decir á mi rival y amigo que él era el objeto del amor de Nísida, perdí el habla: mis ojos se bañaron en lágrimas, y aunque procuré disimular mi turbacion, la descubrieron mis sollozos: faltáronme las fuerzas, y caí entre los brazos de mi amigo, bañándole con mi llanto.

Atónito y espantado Timbrio me coge en sus brazos, me estrecha entre ellos, y me hace mil preguntas, deseoso de saber cual fuese la causa de una afliccion tan dolorosa; pero yo no le respondo palabra: él me insta, y entonces bajo los ojos. Ay, amigo! exclama él, ya, ya comprendo la causa de tu dolor: sí, tu la amas!... tu la amas! y no podias menos de amarla... Bien veo lo que padeces en tu alma al querer tributar este sacrificio á la amistad; pero yo seria el hombre mas infame si le admitiese: ama pues á Nísida, que yo me ausentaré adonde jamas pueda verla, que tal vez me será menos difícil poder vivir sin su vista, que dejar de morir considerándome el autor de tu desgracia. Diciendo estas palabras volvia hácia otro lado su semblante para ocultarme las lágrimas que derramaba, y me estrechaba hácia su pecho. Conozco en este

instante que la amistad me inspira y me sobrepone á mí mismo, y así le respondo: ¡ Ay como te engañas, amigo mio, que no es á Nísida sino á su hermana á quien amo! y el ver que no he podido mover su corazon, y su crueldad en haber desdeñado mi amor ha sido la única causa de mi desesperacion. ¡ Por Dios que no me engañes! me dijo Timbrio, fijos en mi sus ojos. No te engaño, no, le respondí, Blanca es, mi amado Timbrio, á quien adoro, y de ella solo me miro desdeñado: perdona, amigo mio, si al cotejar tu dicha con mi desgracia he derramado estas lágrimas, que yo te protesto no derramar ninguna otra: sí, amigo mio, ya siento que á tu lado no necesito del amor para ser dichoso. Con estas palabras quedó satisfecho Timbrio, ó fingió quedarlo, resolviendo asegurarse con el tiempo de la verdad de lo que le habia dicho,

y yo me determiné á sacrificarme en todo lo que fuese necesario para su remedio. No podia ya contentarme con sacrificar mi verdadera pasion : tenia necesariamente que fingir otra que no sentia, y así el dia siguiente declaré á Blanca la calidad de mi persona, y le dije que era mi amada.

Ya hacia tiempo que lo era yo de Blanca, sin osar ella declarárselo á sí misma ; pero luego que vió que le dije mi amor á ella, se le dijo á su hermana, y esta mútua confianza fue muy útil para Timbrio : porque Nísida, que hacia aun resistencia á una pasion que temia, luego que halló una compañera se sintió algo mas tranquila, y se atrevió ya á hablar con mas libertad de su amor, y desde entonces se entregó á él mas libremente : y dándose las dos hermanas parte de sus cuidados amorosos, quedaron mutuamente confiadas de sus dichas,

y el gusto de poder hablar libremente de lo que sentian en su corazon, las puso en estado de probar mejor hasta donde se extiende el placer que produce la pasion mas noble. Conservé siempre libre la entrada en su casa, valido del disfraz que traia; llevaba á Nísida billetes de parte de mi amigo, y le procuré algunas veces el gusto de que viese á su amada, y yo al mismo tiempo reiteré mi cuidado en manifestar amor á Blanca: mostrábame Timbrio el gozo que le causaba verme tan tiernamente amado, y abrazándome se congratulaba conmigo de verme tan dichoso, asegurándome que no seria esposo de Nísida hasta que yo lo fuese de Blanca. Consentia yo en todo esto, resignado á cuanto la amistad quisiese disponer de mí.

No nos restaba ya otra cosa para pedir la mano de Blanca y de Nísida que el que nos viniesen nuevas de España,

cuando Pransiles, aquel caballero con quien os dije que habia tenido en Jerez aquella pendencia Timbrio, se presentó en Nápoles para combatirse con mi amigo. Como la satisfaccion debia ser pública, pasó algun tiempo primero que se pudiese conseguir permiso del Virey para ello y para nombrar los jueces. Publicóse enfin este terrible combate ocho dias despues, señalándose por campo una extendida llanura que estaba á corta distancia de la ciudad. Hízose tan ruidosa la fama de este duelo, que á pesar de toda nuestra diligencia no pudimos conseguir que no llegase á noticia de Nísida, á la cual causó tal sobresalto y tal dolor, que crecieron á medida de su amor. Llegó á melancolizarse y afligirse de tal suerte, que pasó entre lágrimas y sin querer tomar sustento alguno los ocho dias del plazo, que por una parte le parecieron tan largos, y por otra tan

breves ; y la consideracion de la horrible incertidumbre del suceso de su amante, mas cruel que su misma desdicha, no tardó en privarla de sus fuerzas. Cayó pues enferma, y, no acertando su padre nunca con la verdadera causa de su mal, determinó llevarla á su casa de campo para que se restableciese. El dia de su partida, que fue el antecedente al del desafio, me hizo llamar Nísida. Llegué á su lecho, y apenas pude conocerla : vila toda pálida, desmayada y humedecidos sus párpados hinchados. Silerio, me dijo con voz debilitada, dirás á tu Timbrio de mi parte que vaya con bien, y que mire que mi vida depende de la suya, y que así mañana procure defender mi vida, defendiendo la suya : por lo que hace á tí, su mas leal amigo en cuanto has hecho por él conmigo, estoy bien segura de que no le desampararás y que le socorrerás al punto que le sobre-

venga alguna desgracia. Ay, Silerio, y quien pudiera seguirte! toma, añadió quitándose del cuello una preciosa reliquia que bañaba con sus lágrimas, toma y llévasela á tu amigo, y le dirás que esta me ha librado de todos los peligros, y que esta podrá mañana librarle del suyo. Tengo aun otra cosa que pedirte: has de saber que mañana voy con mi padre á su casa de campo, que está media legua del lugar donde ha de ser el desafio, y así quiero que me dés palabra de ir allá al momento á avisarme del suceso del duelo: la señal por donde he de conocer que Timbrio ha vencido, ha de ser esta banda blanca, que has de traer puesta en el brazo, que viéndola yo desde léjos me excusarás mil penas; pero si veo que no la traes puesta, conoceré que ha quedado vencido, y no tendré necesidad de que me digas palabra alguna. Prometiéndole yo cumplir

cumplir cuanto me pedia, fui al momento á llevar la reliquia á Timbrio, con la que se aumentaron su ánimo y su valor: besóla, se la puso al cuello, y asegurado de la victoria, me parece que hubiera en aquel punto desafiado á todo el universo.

Llegó por fin el riguroso momento del combate. Hallábase ya en su campo para verle junta toda la ciudad de Nápoles, cuando se presentaron Pransiles y Timbrio: escogieron por armas espada y daga: abrióse la estacada, hicieron señal de acometer las trompetas, y arremetieron el uno al otro. Sostuvieron largo tiempo una pelea indecisa: peleaba Pransiles con valor y destreza, de suerte que llegó á herir á Timbrio; mas la victoria nunca se declaraba por ninguno de los dos. Enfin venció el amor: mi amigo Timbrio cerró con Pransiles de tal suerte, que le derribó á sus pies; y

entonces mi generoso amigo arrojando la espada fue á socorrerle: confesóse vencido Pransiles, y todos los que lo miraban aplaudieron con sus voces la victoria. La terrible incertidumbre en que habia estado largo tiempo, el dolor que me causó ver herido á Timbrio, y la alegría que habia recibido al verle victorioso me turbaron en tal manera, que me olvidé de atarme en el brazo la banda blanca, y fuí sin ella volando á dar parte de nuestro feliz suceso á Nísida.

Esta para mayor desgracia habia sentido que segun se iba aproximando el instante fatal, se le aumentaba la calentura. Aunque se hallaba tan débil, se habia hecho llevar á las ventanas mas altas de su casa, y apoyada allí en sus criadas, tendia la vista atentamente por todo lo largo del camino, aguardando la noticia que le habia de dar la vida ó apresurar la muerte, cuando alcanzó

á divisarme, y viendo que no traia la banda, cayó sin sentido en los brazos de su hermana. En este punto llegué á su casa: resonaban en toda ella los lamentos: penetré hasta donde estaba Nísida: ví que le estaban aplicando remedios, todos inútiles, pues nada podia hacerla volver en sí. Ví pues á Nísida que tenia los ojos cerrados, abierta la boca, pálidos los labios, y al ver este espectáculo me acuerdo de mi fatal olvido. Arrebatado de mi desesperacion, abandono aquella casa, sin atreverme á buscar á un amigo que sabia seguramente que era quitarle la vida el decírselo; y así sin saber que partido tomar, furioso y desolado, tomo el primer camino que me depara la suerte. Apenas habria andado unos cuantos pasos, cuando oí que me llamaban en voz alta: volví la cabeza, y ví que era Felix, el criado de Timbrio. Mi amo os espera, me dijo, venid al

punto á su presencia. Dile á tu amo, le respondí, que no puedo volver á verle, que Nísida ha muerto, y que yo he sido quien le ha quitado la vida. Dicho esto, salí huyendo de aquella tierra á toda prisa: llegué á Gaeta á tiempo que estaba un bajel para darse á la vela para España: embarquéme en él, y volví á mi patria, donde me vestí este hábito que veis, y que cierto no es mi ánimo dejarle en todos los dias de mi vida.

Esta es, pastores, toda la historia de mis desgracias. Entré en esta ermita con la esperanza de hallar en ella la tranquilidad de mi ánimo, y solo he encontrado en ella la soledad. Vanos son todos cuantos esfuerzos hago para levantar el alma á aquel supremo objeto en que debia ocuparse toda; porque no me deja un momento libre el recuerdo de las prendas que he perdido. Todos los dias protesto que he de entregar al olvido

á Nísida y á Timbrio, y todos los dias derramo nuevas lágrimas por ellos.

No intentaron los pastores esforzarse en consolar al ermitaño, sino que se contentaron con acompañarle en su afliccion. Era ya muy entrada la noche, y la luna despedia sus rayos de lo mas alto del cielo, cuando se apartaron del ermitaño para irse á la cabaña de Elicio, donde llegaron en breve. Aquí se acostó cada cual sobre pieles de cabras, y luego que vió Elicio que se habian dormido sus tres compañeros, se levantó y salió de la cabaña para poner en ejecucion un proyecto que habia estado premeditando todo el dia.

Habia delante de la puerta de la cabaña de Elició un hermoso cerezo, que cuidaba el pastor con especial diligencia, y se hallaba á la sazon cargado de su fruta, que era la mas exquisita del pais. Este hermoso frutal en cierta

estacion del año, aunque muy tiernecito todavía, y cuyo tronco era aun muy delgado, daba sin embargo lo suficiente para el sustento de su dueño. Este frutal pues habian elegido dos blancas tortolillas para hacer en él su nido, como en efecto le hicieron en la cima del árbol, dentro de una concavidad que formaban cuatro ramas. Como tenia Elicio por feliz pronóstico el que las tortolillas fuesen á anidar cerca de su cabaña, lejos de espantarlas les ponia en el frutal espigas de trigo, cañamones y tambien hilos de estambre, para que las tortolillas tejiesen de él lo que las habia de defender á la entrada del nido, y para que reposasen en él mas blandamente sus polluelos. Entanto que estuvo Elicio en las bodas de Silveria, fue un zagal de Meris á tender sus redes en las inmediaciones de aquel frutal y habiendo cogido en ellas las dos tortolillas, se las presentó á la

hija de su mayoral. Estas pues fueron las que dejó escapar Galatea, y como Elicio las habia conocido, por eso le aseguró que volverian á verla.

Queriendo con efecto el pastor cumplir con su palabra, salió de su cabaña para apoderarse del padre y de la madre, y ponerles en una jaula y juntamente sus polluelos. Ayudado para esto de una escalera, qué arrimó al cobertizo de su cabaña, subió hasta la copa del árbol, y alargando el cuerpo, apartó con tiento las ojas, y vió á la claridad de la luna las dos tortolillas en su nido, que tenian sus cabezas cubiertas con una ala, y con la otra un poco extendida cubrian á sus polluelos, y estaban aun durmiendo: no le restaba á Elicio otra cosa que hacer que alargar la mano para cogerlas; pero no tuvo ánimo para hacerlo. No quiero, dijo él, tiernas avecillas, privaros de vuestra libertad: seréis de mi pastora

sin ser esclavas suyas, y viviréis cerca de su persona, aunque libres de vivir en otra parte que en este árbol. Dicho esto, bajó precipitadamente de la escalera y fue por una azada: volviendo al cerezo, hizo al rededor un hoyo, y cuando ya el árbol no tenia enmedio de él mas cimiento que el terron en que estaba arraigado, aplicando horizontalmente el corte de la azada, le cortó con cuidado y sin hacer mucha fuerza, ni movimiento con el árbol, le arrancó de la tierra con el terron en que estaba, y cogiéndole entonces entre sus brazos, le levantó con gran tiento, y salió del hoyo sin menearle mucho, y marchando con paso lento, pero firme, que apenas agitaba las ramas, llegó á la casa de Galatea. La habitacion donde dormia esta pastora, tenia una ventana que daba al campo, y aqui fue donde vino á parar Elicio, que habiendo posado el

árbol en tierra con cuidado se quedó derecho : tanta fue la destreza con que le habia arrancado Elicio. Empezó este con la azada, que no se habia descuidado en traerla atada al hombro, á hacer un hoyo donde plantó el hermoso cerezo, poniéndole de modo que el nido cayese hácia la ventana, para que Galatea con solo extender la mano pudiese halagar las tortolillas. Contento de lo que habia hecho, miró si acaso habria espantado aquellas avecillas; pero no habian hecho mas que despertar, y Elicio llegó á distinguir que alargaban sus cuellecillos por los hilos del nido. Perdonadme, dijo él, ay! tiernas palomitas, perdonadme, si he interrumpido vuestro sueño; si lo he hecho ha sido por vuestra ventura tanto como por la mia : ya sois de Galatea : luego que abra su ventana volad á descansar en sus hombros, y rizad su rubia y hermosa cabellera con

vuestros picos : enseñad á vuestros polluelos á que amen y halaguen á la que es señora suya : estad seguras de que no tendré zelos de vosotras cuando sepa que estais con mi amada ; pero si alguna vez se presentare delante de esta ventana algun rival , abandonadla al momento , constantes avecillas , é id á buscarme y á gemir en mi cabaña , que no tendréis que lamentaros conmigo mucho tiempo.

Mostraba ya su faz risueña la serena aurora , y ya en lo mas alto del hogar de la casa de Galatea gorgeaba la golondrina , cuando Elicio tomando la azada se encaminó de vuelta hácia su cabaña. Nó bien se habia alejado de allí un poco, cuando sintió pasos tras de él , y volviendo la cabeza , vió que era el padre de Galatea ; asustóse al verle como si hubiera cometido algun delito ; pero no tardó mucho Meris en sacarle de su te-

mor, que sin preguntarle porque estaba tan de mañana en el lugar, le dijo: Ahora iba á buscarte para confiarte un secreto, y pedirte un favor que importa á mi hija. Arrebatado de alegría el pastor le besó las manos, y se entraron luego por un bosquecillo de mirtos que se parecia no lejos del camino.

GALATEA.

LIBRO TERCERO.

Quejamonos siempre de los infinitos males que se padecen en esta breve vida, y es cosa averiguada que de casi todos somos nosotros mismos los autores. Nadie debe dudar que el orígen de todos los vicios y desventuras ha sido la sed insaciable del oro. Como habia ya previsto estas consecuencias el Criador del universo, por eso tuvo la admirable providencia de ocultar este funesto metal en las entrañas de la tierra, y no contento con encubrir con la tierra el precipicio, cubrió su superficie de flores, de frutos, y de todo cuanto podia ser suficiente para satisfacer sus necesidades

y

y sus placeres. Pero esto no bastó para apagar la insaciable avaricia del hombre, y así discurrió el penetrar hasta lo mas oculto de la tierra á fuerza de trabajo y de peligros, arrancar de aquellas cavernas el oro, y descubrir al hombre el orígen de todos los vicios. Pero ay! que quien tuvo mas que padecer con este fatal descubrimiento fué el amor! Desde este tiempo no le basta á un corazon amoroso tener el derecho de amar: esle necesario para conseguir la posesion de la persona amada hacer pruebas de que es rico mas que no las haga de que esté constante. Sea amable cuanto quiera el amante pobre, que no será por eso dichoso, pues cuanto mas fiel sea, tendrá mas que padecer, y los tormentos y la desesperacion serán la suerte que le queda. Que hará pues el amante que es pobre y sensible? No amar? Ah! eso no, que es remedio mil veces peor que el

mismo mal. Cuando Elicio se enamoró de Galatea no habia hecho estas reflexiones ; y ¿ que sabemos si tal vez las habia hecho? pero ¿que aprovechan las reflexiones cuando se ama ? El amante cuando se entrega al amor prevé sus desabrimientos y no obstante se expone á ellos, y cuando llega á experimentarles , los siente tanto como si nunca los hubiera previsto.

Habiendo despertado de su sueño Erastro , Tirsis y Damon se maravillaron de no hallar allí á Elicio. Habia andado el sol la mitad de su carrera , cuando desasosegados de ver que no volvia , determinaron ir á buscarle á la aldea , y cuando caminaban á ella al atravesar por el bosquecillo de mirtos oyeron la voz de su amigo : detuvieron entonces el paso para escuchar con atencion y curiosidad lo que cantaba Elicio , que eran estos versos :

Yo amaba ardientemente
A cierta pastorcilla,
Y en este amor hallaba,
Ay! toda mi ventura y mi delicia.
Juzgaba neciamente
Que un tiempo llegaria
A ser yo solo el dueño
Del corazon de aquella mi querida.
Ay! fiera desventura!
Ay! que mi dulce amada
Por otro amante deja
Burlada mi esperanza!
Mas quiero, desdichado,
Llorar, ay! su inconstancia,
Que no ser venturoso
Jamas con olvidarla.
Erame niño tierno,
Como mi amada linda,
Cuando encendió Cupido
En mi pecho de amor la llama activa.
Cuando mi corazon
A esta mi pastorcilla
Se rindió enamorado,
Advirtió solamente que era linda.
Ay! fiera desventura! etc.

Enternecidos los pastores al escuchar las blandas quejas de Elicio, fueron presurosos hácia donde estaba, y le encontraron sentado al pie de una haya, bañado de lágrimas el semblante. Apenas descubrió Elicio á los pastores, cuando levantándose á toda prisa se arrojó en los brazos de Erastro: Tu sabes, le dijo, que vamos á perder á Galatea? que nos deja para siempre? y vosotros, añadió, mirando á Tirsis y á Damon, oid el funesto secreto que me ha confiado Meris esta mañana: os le referiré con sus mismas palabras. Quiero, Elicio, me dijo, mostrarme agradecido al afecto que siempre te he merecido, dándote parte el primero de la boda de mi hija. Ayer concluí los tratados: la caso con un rico Portugues, cuyos inmensos ganados pacen las riberas del sosegado Lima, y acaban de venir á mi casa cuatro pastores que ha enviado el futuro esposo,

con quienes ha de partir mañana Galatea. Como sé que tomas tanta parte en los sucesos de mi hija, como si fueras su hermano, por eso he echado man de tí, mi amado Elicio, para que, si quieres hacerme este favor, vayas á acompañarla hasta Portugal, te halles presente á su boda, y vengas á darme una relacion puntual y verdadera de su feliz suceso. A pesar de la turbacion, que ya os podréis discurrir me causó este discurso, cobré bastante ánimo para decirle: Pues que ¿ habeis podido dar vuestro consentimiento para separaros de vuestra hija ? ¿ habeis podido sentenciarla á vivir lejos del lado de su padre y de su patria ? ¿ estais seguro de que no causais su desventura, enviándola como desterrada á un pais estrangero ? creeis que á ella no le pese ? Amigo, me interrumpió Meris, tengo bien penetrado el interior de mi hija : le he dado parte

de mi resolucion, y ella me ha respondido con su acostumbrada dulzura que estaba pronta á obedecerme: ademas noté en su semblante una ligera alteracion, prueba manifiesta de aquel gusto que le causa á la doncella mas vergonzosa el decirla que va á casarse: no pases pues cuidado por la ventura de mi hija, y vete á disponer para el viage que espero quieras hacer por la amistad que me profesas. Este es, pastores, el secreto que me ha confiado Meris; y este es el suceso que temia mas que la muerte. Dieron muestras de acompañar á Elicio en su afliccion Tirsis, Damon, y especialmente Erastro. Pero, amigo, le dijo Damon, supuesto que Meris te estima y te ama, porque no has probado á declararle el amor que tienes á su hija? Bien se ve, le respondió Elicio, que no le conoces como yo, y que no sabes que tiene asegurado que solo ha de ad-

mitir por yerno al que sea tan rico como su hija: con que si yo me hubiera aventurado á declararle mi pasion, hubiera creido que yo queria hacerme rico con sus riquezas, y se hubiera entonces mudado en desprecio la amistad que me tiene, y ademas que es muy rico Meris para no ser desconfiado, y yo muy pobre para no ser cobarde. No por eso, amigo mio, le dijo Tirsis, pierdas las esperanzas; vamos á buscar á Galatea y á saber de su boca si es cierto que consiente en ser esposa de ese Portugues, y si como yo juzgo le cuesta alguna repugnancia obedecer á su padre, pondremos todos los medios posibles para deshacer este funesto enlace, prestándonos su favor el amor y la amistad; y si cada uno de estos por sí obra prodigios, que no harán los dos reunidos? Este consejo dió Tirsis á Elicio que no se detuvo un punto en seguirle.

Tomaron pues los cuatro pastores el camino de la fuente de las Pizarras, adonde solia venir á sestear Galatea muchas veces, esperando encontrarla allí, y no les mintió su esperanza. Vieron con efecto á la pastora sentada junto á la orilla del agua, y tan sumergida en sus profundos pensamientos, que no advirtió en los pastores: con suma atencion miraban la fuente sus llorosos ojos, y en una mano tenia apoyada la frente y con la otra hacia mil caricias al mastin del ganado de Elicio, aquel mastin que habia tanto tiempo que seguia mas veces á esta pastora que á su propio amo: estaba este fiel animal echado á los pies de Galatea, con la cabeza reclinada sobre sus rodillas y puestos sus ojos en los de ella, y parecia que con su modo de estar inquieto y agradecido le preguntaba porque aquel dia mas bien que no otros, le hacia mas halagos. Hizo

Elició detener el paso á sus compañeros para que gozasen de tan tierno espectáculo, y entonces una dulce satisfaccion pasó á ocupar el lugar del dolor que se veia ya pintado en su semblante. Creyéndose sola Galatea, sin mas testigo que el mastin, comenzó á cantar de la manera siguiente:

O tú! que á donde quiera
Que voy, me vas siguiendo;
O tú! en quien estoy viendo
Un compañero fiel;
Tu buena compañera
Vas á perder ahora,
Y yo estos prados ora,
Que suerte tan cruel!
Una obediencia fiera,
De aqueste prado hermoso,
Y de este bosque umbroso,
Me arranca, ay infeliz!
Aquella placentera
Voz de un suave amante,
Fiel como tú, y constante
Mil veces hoy feliz!

Ven, mi Melampo amable,
Vente, que en mi tormento
Solo mi pensamiento
Siempre me seguirá.

Ay! que del agradable
Bien, que gocé dichosa,
Otra ninguna cosa
Que tú me quedará!

Vente tras mí siguiendo,
Déjale yo te ruego
A tu dueño, que luego
Te tendrás que venir:

Y que te vuelves viendo,
Sabrá, tu dueño amado,
Que lejos de su lado
No puedo yo vivir.

Adelante hubiera ido con su canto Galatea, sino se lo impidieran las lágrimas que derramaba. Derramábalas tambien Elicio, aunque estas procedian de gozo; y no pudiendo ya contener su alegría, corre adonde estaba la pastora, échase á sus pies, le toma una de sus

manos y se la besa. Atónita Galatea se esfuerza en vano á retirarla, porque advertia que la estaban mirando otros pastores: quiere hacer de la desdeñosa, y no puede: quiere huir y el mastin del ganado de Elicio se lo impide, que, dando mil saltos al rededor de ella, y halagando á los dos á un tiempo, parecia complacerse en haber procurado tan feliz momento á su amo. Miraban enternecidos Tirsis, Damon y aun el mismo Erastro este espectáculo, sin atreverse á acercarse á los amantes; pero Galatea los llama, hace levantar á Elicio, y esforzándose á disimular sus lágrimas, les dijo: En vano pretenderia ya ocultar un secreto que ha declarado mi imprudencia: ni puedo negar que me causa dolor haber de dejar mi patria, porque tal vez dejo en ella lo que amo; pero yo estoy resuelta á seguir en todo el precepto de mi padre, porque esta

obligacion es para mí superior á todo, y así os suplico por Dios que no aumenteis con vuestras lágrimas un sentimiento que nada puede aprovechar, y lo que especialmente os ruego es que no me inquieteis en la soledad que me veo precisada á buscar, habiéndoos hecho semejante declaracion. Dicho esto se alejó de los cuatro pastores, dejándoles sin saber á que determinarse. El único que se atrevió á seguirla fue el mastin, y luego que ella le vió quiso impedirle que pasase adelante, amenazándole con el cayado; pero el fiel animal bajó la cabeza para recibir los golpes, y entonces la pobre Galatea no pudo acabar consigo ni de dárseles, ni de echarle de sí.

Los cuatro amigos, que se quedaron juntos, comenzaron á examinar todos los medios posibles de deshacer este funesto enlace. El parecer de Tirsis era que

se

se juntasen todos los pastores de la comarca, y así unidos fuesen á suplicar á Meris que no les robase aquel tesoro que tanto les ennoblecia. Era Damon de parecer que él iria á Portugal á amenazar al futuro esposo y á intimidarle en tales términos, que por sí mismo renunciase á Galatea. No le desagradaba á Elício este parecer; pero Erastro, que hasta entónces habia estado callando, les dijo: No por cierto, no, todos esos medios que discurris solo servirán de irritar á Meris: yo tengo un proyecto, que, excepto á mí, á todos hará felices: á este es al que me atengo, y voy ahora mismo á ponerle á ejecucion. Habiendo dicho esto, y abrazando á Elício, se apartó de los pastores. Estos, que no esperaban grandes cosas de la invencion de un hombre tan sencillo como Erastro, resolvieron ir á consultar el negocio con el ermitaño Silerio.

Habíanse ya puesto en camino para la ermita, cuando encontraron en él á un caballero magníficamente vestido, montado en un poderoso caballo, y detras venian dos damas sobre sus hacaneas; y por el numeroso escuadron de criados que los seguia se echaba bien de ver que eran personas de calidad. Al pasar, los saludaron los pastores, y correspondiéndoles el caballero desconocido, detuvo á Elício, y le dijo: ¿Nos haríais el gusto de decirnos donde habrá por estos bosques un lugar cómodo para pasar en él algun tiempo? Las damas que veis vienen cansadas del calor y del camino, y querrian sestear en este puesto. Elício, que olvidaba su reposo por servir á los demas, los condujo á la fuente de las Pizarras que estaba cerca de allí. Luego que llegaron á ella, tendieron los criados los manteles, y los cubrieron prontamente de algun refrigerio. Sentadas

ya sobre la verde yerba las dos damas, apartaron de sus rostros los velos, suspendiendo los ojos de Tirsis y Damon con la viveza de su hermosura: la de la mayor de estas dos incógnitas era superior á la de la mas jóven, bien que esta ventaja se debia tal vez á la profunda tristeza que mitigaba la actividad de los atractivos de la menor. Daba Elício prisa á sus compañeros para que volviesen á tomar el camino de la ermita: pero el caballero le detuvo, diciéndole: Dejadme disfrutar la ventura de haberos encontrado: ¡cual seria mi contento, si siempre pudiese pasar mi vida en compañía de los pastores! que diferencia se halla tan notable entre vuestra vida tan dichosa y la de los que habitamos las ciudades! con que facilidad os concede la naturaleza los placeres, cuya imágen sola nos cuesta á nosotros tanto! la ociosidad abrevia los dias de nuestra

vida : el trabajo alarga los de la vuestra : nuestra vida está rodeada de cuidados, engaños y molestias : la vuestra la pasais entre la alegría, la franqueza y la libertad: ah! amigos, desde mañana protesto abrazar la vida pastoril, si Nísida quisiere acompañarme en ella. Al oir el nombre de Nísida, puso Elicio los ojos en las dos damas con tal admiracion y cuidado, que hizo reparar en ello al caballero. Suplícoos, le dijo Elicio, que me perdoneis si ha causado en mí tal alteracion el oir el nombre de Nísida, porque hace pocos dias que vimos derramar abundantes lágrimas á uno de nuestros amigos, hablándonos de cierta Nísida. ¿ Pues que, dijo el caballero incógnito, hay en estas riberas alguna pastora de este nombre ? No por cierto, respondió Elicio, la que yo digo ni era pastora, ni aun nacida en estas riberas, porque era natural de Nápoles.

De Nápoles? que dices? como has podido saberlo? Yo os lo diré: decidme desde luego, no os llamais Timbrio? no se llama Blanca esta dama mas jóven? no es hermana menor de Nísida? En todo has acertado. Ah! Silerio, amigo, dijo Elícío, que dia tan dichoso tendrás hoy! Que decis? que conoceis á Silerio? dijo Timbrio. Que está aquí? exclamó Blanca, perdiendo el color y volviendo al punto á encendérsele el rostro en los colores mas vivos. Sí, le dijó Elício, Silerio está aquí, y el dolor de haberos perdido le habia reducido al peligro de perder la vida, que ha consagrado á la penitencia. Silerio pues se ha metido ermitaño en una ermita que no está muy lejos de aquí. Pues vamos al punto á abrazarle, exclamó Timbrio, y Blanca puesta ya en pie, empezó á andar sin saber el camino que habia de seguir, y apoyada Nísida en el brazo

de su amante, se encaminaron hácia la ermita, guiándolos Tirsis, Damon y Elício.

Era ya casi anochecido, cuando llegaron á la falda del cerro, y subiéndola sin tomar aliento Timbrio, Nísida, y especialmente Blanca, se acercaron á la puerta de la ermita, y hallándola abierta miraron adentro y vieron que no habia nadie. Confusos quedaron al ver que no estaba en ella el ermitaño, y así iban ya á llamarle y á rodear todo el cerro, cuando el discreto Tirsis los detuvo, diciéndoles: Seguramente no está Silerio muy lejos de aquí, y este infeliz amigo, que ha perdido toda esperanza de volver á veros y que tantas lágrimas derrama continuamente por vosotros, va á fallecer de gozo, si os presentais de repente á su vista. Y así será bien que le excuseis este golpe fatal, conteniendo vuestros deseos mientras

hallamos medio de ir preparando su alma para el placer, que podrá sostener apenas. Aprobaron todos el parecer de Tirsis, y determinaron que se le enviasen á Silerio los pastores para prevenirle con precaucion la noticia de que volveria á ver á sus mas tiernos amigos. En el tiempo que los pastores estuvieron consultando esto, le tuvo Blanca para notar al resplandor de la luna lo que habia dentro de la celdilla, y vió que una estera de juncos, un banquillo de madera, y un crucifijo de palo, eran todos los muebles que adornaban la habitacion de Silerio. Despues que lo tuvo Blanca muy bien notado todo, fue á ponerse de rodillas á los pies del crucifijo, y en voz baja rindió al cielo mil gracias de que la hubiese conducido hasta aquella ermita.

Mirándola estaban enternecidos Timbrio y los demas pastores, cuando llegó

á sus oidos el sonido lamentable de unos suspiros y sollozos, y entendiendo por ellos que no estaba muy lejos Silerio, fueron á donde estaba. Halláronle debajo de un acebuche, arrodillado en un pedazo de una peña, y con las manos levantadas al cielo, y apenas le vieron las dos hermanas y Timbrio, cuando iban á arrojarse entre sus brazos; y por mas que Tirsis procuraba detenerlos, no pudo conseguirlo; pero enfin lo que los detuvo fue el deseo de oir lo que diria Silerio en la oracion que entonces empezaba. Quedáronse parados Timbrio y Nisida, con los brazos en accion de abrazarle, y Blanca, que apenas podia respirar, alargaba la cabeza por los hombros de los demas para ver á su amado, enjugándose á cada momento las lágrimas que le impedian verle mejor.

Lo que Silerio decia en su oracion eran estas palabras: « Oh, Dios mio,

» supremo Ser, en quien deseo emplear
» únicamente mi amor! vos, que ocu-
» pais con vuestra presencia la exten-
» sion de todo el universo: vos, á quien
» debe entregarse todo mi corazon;
» suplícoos que no os ofendan mis lá-
» grimas: bien veis, Señor, que ha per-
» dido mi corazon todo cuanto amaba,
» sin desplegar yo nunca mis labios para
» quejarme de vuestra providencia: sú-
» plícoos, Dios mio, que os digneis
» templar algun tanto el rigor de mis
» tormentos; pero no me borreis ente-
» ramente la memoria de mis desgra-
» cias ».

A las primeras palabras de Silerio lloraba Blanca: á las últimas sollozaba. Temeroso Tirsis de que la oyese el ermitaño, dijo á Damon que fuese con Elicio á interrumpir á Silerio, mientras él se quedaba con Timbrio y con las dos hermanas, entreteniéndoles para que no se manifestasen al ermitaño.

Obedecieron los dos pastores, y Silerio los recibió con afable rostro. No sé, á la verdad, le dijo Elício, porque estais continuamente lamentando vuestros infortunios, cuando tal vez no están muy distantes de acabarse. Bien sabido teneis, le dijo el ermitaño, cuales sean para que os parezca que puedan tener fin. Pues no le dudeis, dijo Elicio. Acabamos de saber que Nísida vive, que anda en compañía de su hermana y de Timbrio, buscándoos por toda España, y no ha faltado quien los ha encontrado. Santos cielos! que decis? dijo el ermitaño. Y ese que los ha encontrado está muy cierto de que ese sea mi amigo? de que sean esas las dos hermanas? Por Dios que no os burleis de un desdichado: pues que parece que os habeis compadecido de mis desgracias, no acabeis de hacerlas mas horribles, engañándome con falsas esperanzas. En tanto él decia

estas cosas, Tirsis, para ir preparando un reconocimiento que habia de ser tan tierno, dijo á Nísida que cantase alguna cosa desde donde estaba, sin presentarse á los ojos del ermitaño; y siguiendo su consejo, Nísida comenzó á cantar la primera estancia de una cancion que en otro tiempo habia compuesto Silerio.

O sagrada amistad! sujeta al mando
Del ciego Dios, á quien la turba adora
De amantes engañada! en la florida
Juventud este Dios es dulce y blando:
Tú eres siempre de bienes causadora:
Abrasa aquel el alma enternecida
Con su llama encendida:
Tú, con firme lazada,
Los corazones unes tiernamente:
Aquel suave Dios es solamente
El Dios de las delicias: tú, sagrada,
Benigna amistad, eres
La que sustenta al alma en sus placeres.

Aun estaba hablando Silerio cuando llegó á herir sus oidos la voz de Nísida.

Calló entonces : aplicó el oido, y se quedó inmóvil, sin pestañear y abierta la boca ; mirando despues como un hombre sin juicio se quedó privado : veíase pintado el terror en su semblante, y pareciéndole los dos pastores unas sombras, mirábalos con espanto. Continuaba mientras tanto la voz, y acabando de resonar en lo profundo de su corazon, se fue desde entonces disipando su temor, y fueron sus facciones recobrando su perdida dulzura. Vuelto ya en su acuerdo, se precipita como un rayo hácia el lugar de donde salia la voz : llega á él, mírale y arrójase sin sentido entre los brazos de su amigo. Dan entonces voces Timbrio y Nísida á los pastores : acuden estos y se apresuran en hacer lo posible porque vuelva en sí : habia ido ya Blanca por agua á la ermita : róciale con ella el rostro y aprieta las manos de él entre las suyas ; vuelve

entonces

entonces en su sentido el ermitaño, abre los ojos, y aun duda de la fortuna que mira. Con que eres tú? le dice á Timbrio: con que eres tú, que tantas lágrimas me has costado! Sí, dulce amigo mio! le dijo Timbrio. Yo soy, yo soy aquel tu amigo que te debe su vida. Estréchanse entre sus brazos: confúndense sus lágrimas, y permanecen largo tiempo abrazados. Baste ya de tristezas, dijo Timbrio: ya nos vemos todos juntos: mira aquí á Nísida, tu fiel amiga: mira aquí á Blanca, que hubiera muerto si no te hubiéramos hallado. Que mas te falta ya? Ah! dulce amigo mio, nada, ya nada! respondió el ermitaño, mezclando su llanto con su risa. Échanle al cuello los brazos Blanca y Nísida: quiere hablarles Silerio; pero en vano se esfuerza: toma las manos á las dos hermanas, comprímelas hácia su seno, y cae á sus pies sollozando. Finalizada

esta escena tan tierna, que duró algunos momentos, condujo Silerio á sus amigos á su celdilla, donde les refirió menudamente todo lo que le habia sucedido desde el punto que se habian separado. Esta relacion fue breve, y habló en ella el discreto Silerio, víctima siempre de la amistad, de su amor á Blanca en tales términos, como si este hubiera sido el único dolor que habia tenido que padecer en el tiempo de su soledad. Enagenada Blanca con esta relacion, no se atrevia á hablar palabra, y solo se abrazaba de su hermana. Luego que acabó de hablar el ermitaño, le pidió á su amigo que le refiriese lo que le habia sucedido desde el momento en que por ir á llevar la noticia de su victoria á Nísida, le habia dejado en el puesto del combate. Suplicáronselo entonces los pastores, juntamente con Silerio, y Timbrio, no dando lugar á

que le rogasen mas, dió principio á su relacion en la manera siguiente:

Despues que salí victorioso del combate con Pransiles, ardiendo en vivos deseos de volver á la vista de mi amigo Silerio, envié á buscarle con un criado mio á la casa de campo de Nísida: vile volver poco despues asustado todo, dándome la noticia de la muerte de Nísida, y de la fuga de mi amigo. Herido como de un rayo con semejante noticia, partí al momento para informarme de la verdad de todas mis desgracias. Llegué á la casa de campo, y ni por ruegos ni por dádivas pude conseguir que se me franquease la entrada; pero por las razones y por los lamentos de los criados me confirmé en que era cierta la muerte de Nísida. No podré explicaros los extremos de dolor que hice entonces: solo sabré deciros que pues no vine á morir en aquel punto, que no hay dolor que

pueda quitar la vida. En medio de la desesperacion en que me hallaba, me acuerdo de que aun me habia quedado un amigo; y asi herido como estaba fui en su busca hasta Gaeta, donde luego que llegué supe que se acababa de embarcar Silerio. Vime precisado á esperar que se hiciese á la vela un navío catalan, que tenia que volver dentro de pocos dias á Barcelona; y valiéndome de esta ocasion me ajusté con el capitan, que me admitió á su bordo.

Apenas dejamos el puerto quando se aumentó mi dolor mucho mas al ver que salia de aquella Italia, donde habia perdido el objeto mas tierno de mis amores. El viento, que al principio se nos mostró favorable, cesó de soplar de repente, y nuestro navío que al mar un tanto se habia alargado, casi quedó en calma. Qué gozo no me hubiera causado entonces una borrasca! Llena tu-

fantasía de lo terrible de mis desgracias, y derramando continuamente lágrimas por mi adorada Nísida, suplicaba al cielo que me envolviese entre las sombras de la muerte, ó que me restituyese á mis brazos al dulce amigo mio. Solo podia hallar consuelo enmédio de estos horribles tormentos, cuando cantaba mis penas al son de un laud de aquellos viageros. Acuérdome que el segundo dia de nuestra partida, cuando ya la aurora comenzaba á esclarecer el horizonte, estaba yo sentado en la popa, contemplando la extension de aquel vasto mar, en cuyas tranquilas olas veia reverberar la luz de las estrellas, que iban ya á desaparecer. Todo cuanto alcanzaban á ver estaba á la sazon en sosegada calma: estaban entregados al sueño los oficiales, los marineros, y hasta el mismo piloto dormia descuidado del timon; veia pegadas las velas á los árboles, y ca-

medio de este silencio no se sentia mas ruido que el que hacia la proa del bajel, que iba hendiendo lentamente las olas. Al contemplar este profundo silencio, este admirable espectáculo que presentaban el extendido mar y el cielo, y al ver la aurora, que venia reposadamente á dispertar á los desdichados, se me excitaron tan vivamente las ideas de las penas que me afligian, que tomando mi laud canté á su son de esta manera:

Todo enmudece ahora,
Todo está en sosegado
Silencio, ya la mar, ya el viento blando:
El ala voladora
Del céfiro templado
Ahora solamente va sonando,
Y todo estoy mirando
Al rededor en calma sosegada:
Y enmedio de mi pena desusada,
Yo solamente velo
Para mayor tormento y desconsuelo.

Veo que del oriente,
En carro luminoso,
Con su serena faz, la alegre aurora
Desciende lentamente:
Anunciando al gozoso
Mortal el nuevo dia que colora
De esta encantadora
Luz que disipa la tiniebla oscura,
Un bien á toda la feliz natura;
Para mi solamente
Nace esta nueva luz mas tristemente.
Ya poco á poco siento
Que me deja la vida,
Rendido al peso de un cruel cuidado.
O tú, de mi tormento,
De mi llama encendida,
Nísida amada, objeto regalado,
¿ Do estás, mi dueño amado?
Ay! que no existes ya Nísida mia.!
La losa acaso de una tumba fria
Encierra en esta hora
Tu cuerpo, ay Dios! y el alma que te adora.

Al llegar á estos últimos versos, oí el batir de unos remos, como que se venia

alguna embarcacion acercando al bajel, y aplicando entonces el oido, miré, y al escaso resplandor de los primeros rayos del dia pude percibir que era un barco que se encaminaba hácia nosotros, y que la diligencia de cuatro remeros hacia ir volando por las aguas. Arribó el barco, y llegóse al bordo una muger que me dijo: por Dios que me digais si este bajel vuestro es acaso un navío catalan, que hace dos dias que ha salido de Gaeta? No os puedo ponderar cual fue mi sorpresa cuando oí que la voz de quien me hablaba era la de la misma Blanca, la de la hermana de mi adorada Nísida. Ah, dulce hermana mia! exclamé, y fui precipitado á la escala del bajel: bajé por ella, arribé al barco, corrí á echarme en los brazos de Blanca, y halléme entre los de Nísida. Poco faltó para que hubiera perdido la vida al exceso de mi alegría: me quedé sin

sentido, mudo y sin poder proferir palabra: Nísida me hablaba: procuraba tranquilizarme, y yo no hacia mas que mirarla, temiendo que todo esto fuese solo un sueño, y que cuando este huyese de mis ojos; huyera tambien con él la dicha que gozaba.

Vuelto ya en mí de aquel primer paracismo, hice que se embarcasen en nuestro bajel la tierna Nísida y su amable hermana. Como estaban estas vestidas de peregrinas, lo rehusaba el capitan; pero informado por mí de quienes eran, las recibió con todo el respeto que se debia á la calidad de sus personas. Allí supe de Blanca como el habérsete olvidado, ó Silerio, llevar la banda, le habia causado á Nísida un desmayo tan mortal, que la redujo á términos de perder la vida, y que con efecto la lloraron todos por muerta. Volvió enfin en su acuerdo, pasadas ya

ocho horas, y habiendo sabido despues la victoria que habia yo alcanzado de Pransiles, el engaño en que habia yo caido, mi desesperacion y la fuga tuya y la mia, se habia resuelto á abandonarlo todo por seguirnos, trayéndose consigo á su hermana. No obstante lo enferma y lo débil que se hallaba, determinó partirse, haciendo que Blanca tomase todas las disposiciones necesarias para su fuga; y habiendo juntado mucho dinero y diamantes, todo lo derramaron á manos llenas para salirse de la casa de su padre. Provistas pues de sus diamantes, y vestidas de peregrinas, salieron en una litera que á deshora de la noche les trajó un criado que habian podido atraer con dádivas, y tomaron el camino de Gaeta, adonde tenian noticia que habia yo partido. Llegaron allí dos dias despues que habia salido el navío catalan, y á fuerza de dinero pudie-

ron conseguir que procurasen aquellos remeros con su diligencia volver á reunirnos, cuyos esfuerzos tuvieron efecto por la calma que os dije que nos sobrevino. Y no dudo que el amor, que miraba por la felicidad de estas dos amables hermanas, hizo que al fin arribasen á nuestro bajel, sin sucederles contratiempo alguno.

Ya habia por fin hallado á mi Nísida; pero aun nos faltabas tú, amado Silerio mio, y esta falta nos hacia experimentar bien caro el favor que debíamos á la fortuna. No padecía Blanca menos dolor que yo por tu ausencia, que era ya la única desgracia que teníamos que lamentar. Despues de haber seguido nuestra navegacion con próspera bonanza, arribamos á Barcelona, esperando hallar nuevas de ti en aquella ciudad; pero nos salieron vanas todas nuestras diligencias. En este caso fue

Blanca la primera que propuso que recorriésemos toda la España, no dejando de buscarte hasta que te encontrásemos; y como estaba bien segura de que habia de ser obedecida, daba por eso este consejo. Resolvímonos con efecto á partir en derechura á Toledo, donde están establecidos los parientes de Nísida; pero antes de pasar á otra ninguna cosa, escribimos á su padre, dándole cuenta de nuestros sucesos, y pidiéndole al mismo tiempo permiso para casarnos en Toledo. Habiendo respondido su padre á nuestros deseos, nos pusimos en camino para aquella ciudad, informándonos de tí, Silerio, en todas partes, cuando nuestra buena suerte nos ha conducido á este lugar, donde por último nos vemos todos ya unidos.

Habiendo dado fin Timbrio á su relacion, le apartó de allí el ermitaño, y conduciéndole á un rincon de su celdilla,

le dijo con voz tímida: ¿Y que no he de ir á Toledo? Sorprendido Timbrio con tal pregunta, le miró, y Silerio bajó los ojos, escapándosele algunas lágrimas, y estrechándole entre sus brazos, le dijo: ¿Pues no habias de ir, amigo mio, á Toledo para casarte con tu amada Blanca? Ella te adora; sí, amigo, no ha dejado un instante de pensar en tí; y tú, ¿no es verdad que la amas? Mas que á mi vida, respondió Silerio; pero aun te amo á tí mas. Ea pues, añadió sonriéndose, voy á dejar este trage de ermitaño, y tú me buscarás otro mas propio de novio; pero si quieres creerme, luego que nos desposemos con estas amables hermanas, daremos la vuelta á este lugar, para pasar nuestra vida en compañía de estos pastores sencillos, que nos aman, y que son acreedores á nuestro amor. Ese mismo proyecto, respondió Timbrio, habia yo formado; porque estoy ya muy can-

sado del mundo; y asi tengo determinado acabar mis dias enmedio de estos bosques, y con mi adorada esposa, y mi tierno amigo. Concluida esta conversacion, pasaron á dar noticia de ella á las dos hermanas y á las demas pastoras, y todos aprobaron la resolucion que habian tomado.

Viendo Elicio ya bien entrada la noche, les aconsejó que se retirasen prontamente á la aldea. No tengo casa que ofreceros, dijo á los cuatro amantes; pero os conduciré á la de Galatea, y me parece que Meris tendrá á grande honor el recibir á tales huéspedes. Siguiendo todos su consejo, se pusieron en camino, y aligerando el paso, llegaron brevemente á casa de Meris. Iba este á sentarse á la mesa con su hija, con Florisa, Teolinda y los cuatro pastores portugueses que habian venido para llevarse al dia siguiente á Galatea,

cuando llamaron á la puerta, y al ladrido de los perros salió á abrir el mismo Meris. Pidióle Elicio que se dignase de hospedar á Nísida, Blanca y á los dos amigos, y el anciano pastor, honrado con tales huéspedes, les recibió con estimacion. Llama entonces á su hija, hace añadir á la cena lo mejor que haya, y los convida á sentarse á la mesa, pidiéndoles que le disimulasen que no les diese el trato que se les debia. Entanto que duró la cena, se esforzó Galatea á mostrarse tranquila; y Elicio que habia procurado colocarse lo mas lejos que pudo de los Portugueses, los miraba con rabia, y sus ojos se encontraban tal vez con los de Galatea. Acabada la cena, fueron todos los convidados á tomar el fresco en unos poyos de piedra que habia á la puerta de la casa. Alli comenzó el anciano Meris á dar cuenta á sus huéspedes de la ven-

tajosa boda que habia proporcionado á su hija, extendiéndose con complacencia en la narracion de las riquezas de su yerno, riquezas que no se descuidan los Portugueses de exagerarlas. Los dos amigos, y Nísida y Blanca se vieron como obligados á dar la enhorabuena á Galatea, á lo que ella no respondia palabra, y el sin ventura Elicio procuraba disimular sus lágrimas.

Cuando estaban en esto, se oyó de repente por toda la aldea el fúnebre sonido de una trompeta. Azoráronse con esto Meris, sus huéspedes y los demas moradores de la aldea, y fueron al punto á la plaza, de donde parecia salir el fúnebre sonido. Apenas llegaron á ella cuando descubrieron á cuatro pastores, vestidos de negro, coronadas de cipres las cabezas: llevaban dos de ellos en las manos hachas encendidas, y los otros dos iban tocando la trompeta, y

enmedio de los cuatro pastores venia un sacerdote del Señor, vestido de sacras vestiduras. Era este el venerable Telesio, el pastor de todos los demas pastores, el que les consolaba en sus trabajos, y el que rendia gracias al cielo por sus felicidades. Todos los moradores de la aldea eran su familia: servia á los huérfanos de padre, y cuarenta años habia que estaba ejerciendo el augusto empleo de rendir á Dios alabanzas, y de hacer beneficios á los hombres. « Mañana es el dia, pasto-
» res, les dijo, que he escogido entre to-
» dos los del año, para que vayamos á
» honrar las cenizas de nuestros herma-
» nos en el valle de las sepulturas. Tened
» presente esta obligacion sagrada, y asi
» mañana al romper del dia venid á jun-
» taros en esta misma plaza, prevenidos
» de fúnebre aparato, cual se requiere en
» tan lúgubre ceremonia ». Y diciendo estas pocas palabras con entera voz, dió la vuelta á su casa.

Conviniéronse todos en juntarse al despuntar del dia para cumplir con obligacion tan justa. No quiso Meris que faltase á ella su hija, y asi suplicó á los Portugueses que dilatasen su partida. Saltábale con esto á Elicio el corazon de gozo, y Galatea concebia esperanzas de algun feliz suceso. Nísida, Blanca, Teolinda, Silerio y Timbrio pidieron á los moradores de la aldea que les permitiesen seguirlos al valle de las sepulturas, y fueles concedido: no asi á los Portugueses, que mostraron el mismo deseo, y todos á una voz se lo negaron; porque se habian hecho odiosos á todos, desde que supieron que su venida habia sido para llevarse á Galatea. Retiráronse ellos despechados con aquel desaire, y todos los demas se recogieron en sus cabañas, para entregarse descuidadamente al sueño.

GALATEA.

LIBRO CUARTO.

Ahora que me entrego á tu seno, ó dulce melancolía, ven y derrama sobre mis últimas pinceladas aquel claro y oscuro tuyo melancólico que tanto agrada á los corazones sensibles. No te detenga el temor de influir en ellas pasiones melancólicas, pues las lágrimas que arrancas á las almas tiernas son para ellas lo que el rocío para las flores. ¡Que dulces son los recuerdos que tú inspiras! No hay amante ausente de su amada, ni amigo apartado de su amigo, ni madre privada de su hijo que no te mire como el bien mas regalado. Que suaves les son los momentos que retirados del bullicio, y acompañados solamente de su amor y

de su memoria, se encierran dentro de sí mismos, ó por mejor decir, dentro de su objeto amado! que placer tan tierno no sienten en traer á la memoria todos los instantes de sus gustos! El primer dia que empezaron á amar, la primera vez que declararon su amor; el modo con que fueron escuchados, los temores, las sospechas, las quejas, todo se les representa, y todo les causa delicias al acordarse de ello; y parece que entonces vuelven á gozar de nuevo de todos los placeres que gozaron, y á sentir todos los cuidados que pasaron por ellos. Si vemos perdida sin remedio toda esperanza, si la implacable muerte nos ha arrebatado el objeto de nuestros amores, encontramos cierta dulzura en las lágrimas que les tributamos; y hasta el recuerdo que nos queda, nos deja tambien tal impresion de placer, que tendríamos mas que lamentar si hallásemos con-

suelo á nuestra melancolía. Como el sabio Telesio discurria de este modo, por eso tenia cierto dia del año destinado á las lágrimas que hacen derramar el reconocimiento, el amor y la amistad.

Amaneció este dia, y Telesio revestido de las mas lúgubres vestiduras se dejó ver en la plaza, donde luego comparecieron todos los moradores de la aldea, vestidos de cendales, coronadas de cipres las cabezas, y con lazos negros los cayados. Habiendo Telesio separado los pastores de las pastoras, los colocó, haciéndolos caminar en dos órdenes. Al lado derecho iban Nísida, Blanca, Teolinda, Florisa y todas las demas zagalas, precedidas de Galatea: al lado izquierdo, enfrente de las pastoras, marchaban guiados de Elicio, Timbrio, Damon, Silerio, Tirsis y los demas pastores, excepto Erastro: venian tras de estos las pastoras casadas, conducidas por Silveria, y los

pastores casados, precedidos de Daranso, y era este escuadron compuesto de almas que habian conseguido ya sus deseos, tan precioso casi como el que le antecedia: seguia á este otro tercer escuadron que aunque no tan lozano era mas respetable, pues le componian las viudas y los ancianos, guiados estos por el padre de Galatea, y aquellas por la madre de Erastro. No llevaban estos coronas en sus blancas cabelleras, y llevaban apoyadas sus trémulas manos en nudosos cayados; pero ah! que estos eran los que tenian mas interes en aquella ceremonia, pues muchos de ellos iban á llorar sobre el sepulcro de un hijo, de una hermana ó de un esposo. Iba detras de todos Telesio, que habia escogido este lugar para ir mas inmediato á los ancianos, como que eran los que necesitaban mas consuelo: á sus dos lados iban ocho graciosos niños con vestiduras

de lienzo y con coronas de flores: y llevaban agua lustral, incienso y fuego; y satisfechos ellos con este empleo, que era el premio de un año entero de aplicacion al estudio, caminaban con pasos mas graves que los mismos ancianos.

Para llegar hasta el valle de las sepulturas tenian que caminar poco mas de una legua, siguiendo siempre la ribera del Tajo por la espesa sombra que formaban las ramas entretejidas de dos hileras de álamos. Caminabán los pastores, guardando un maravilloso silencio, por un prado esmaltado de flores, donde brillaba aun el rocío. Cuando salieron de la aldea, rayaba la altura de los montes el sol, anunciando uno de los dias mas serenos del estío: mostrábase el cielo por todas partes hermoseado del mas vivo azul: movia un suave vientecillo las hojas de los árboles, donde se mecian blandamente las avecillas

encerradas en sus nidos : la alondra, que se perdia en los aires, cantaba ya sin que nadie pudiese distinguirla ; el ruiseñor, cansado ya de haber cantado toda la noche, volvia á animarse para saludar el nuevo dia con su canto ; las sensibles tortolillas y cándidas palomitas respondian con quejidos lamentables á los alegres gorgeos del verderon ; embalsamaban las flores con sus perfumes el ambiente ; saltaban los pececillos á menudo en las ondas del rio, y toda la naturaleza enfin, cuando iba ya á salir de su sueño, parecia que tributaba á su Criador mil reverentes gracias por el nuevo beneficio que le concedia. Grande admiracion les causó á Timbrio, Blanca y Nísida este espectáculo, poco acostumbrados á verle ; pero nueva admiracion les causó luego la entrada del valle de las sepulturas.

Hay en las riberas de este hermoso

rio que lleva arenas de oro en su seno, el espacio de una milla cuadrada, cercado todo de una cordillera de collados que no tienen mas que una entrada. Esta que es una larga embocadura, está rodeada por un lado y otro de cipreses plantados en forma de anfiteatro, y tan espesos, que sus ramas entretejidas hacen como una cerrada muralla, cuya cima se eleva tanto como la de los montes: vense esparcidos por la verde sombra de estas dos murallas, jazmines y rosales silvestres de flores rojas y doradas: nunca ha llegado á entrar en este asilo ganado alguno, ni el leñador ha aplicado jamas su hacha á árbol ninguno de este bosque sagrado: reina en él un profundísimo silencio, sin oirse mas ruido que el que hacen algunos arroyuelos que corren por debajo de los árboles á juntarse en un remanso de musgo, para llevar de allí á pocos pasos al Tajo sus escasas ondas plateadas. Hay al fin de esta calle de árboles un antiquísimo

abeto con que parecia sé cerraba el valle, y en su corteza se leian grabadas estas palabras :

Venera este sagrado, ó pasagero :
Tiembla de entrar en el si fueres malo :
Si fueres virtuoso, ve tranquilo,
Que bien puedes llorar sobre estas tumbas.

Seguia dentro del valle el mismo órden de cipreses que á un lado y otro le cercaban, y enmedio de él se levantaba una fuente, cuya agua, que corre siempre abundante, va humedeciendo y sustentando la fresca yerba que esmalta aquel suelo. Veíasé esparcidos por algunas partes algunos sepulcros, cubiertos los unos ya de yedra, y los otros adornados aun de flores, y en todos ellos se encierra el despojo de la mortalidad de los que viviendo practicaron la virtud; pero no á todos los que morian se les concedia el honor de enterrarse en este respetuoso valle, porque este honor era el premio de una vida irreprensible, y toda la aldea junta era la que le decretaba. Mas ay! que por

desgracia era corto el número de estos sepulcros.

Luego que los pastores llegaron á la fuente se pararon, y levantando la voz Telesio: Separaos, les dijo, que luego os volveréis á juntar conmigo, cuando haga señal la trompeta. Dichas estas pocas palabras se apartaron todos, encaminándose á diferentes partes, corriendo entonces las viudas y los huérfanos hácia la losa que cubria el objeto de su llanto. Habiendo Timbrio, Silerio y las dos hermanas perdido de vista á Elicio, anduvieron todo el valle en su busca; pero no tardaron en descubrirle que estaba de rodillas ante el sepulcro de su madre, juntas las manos y levantados al cielo los ojos que tenia bañados en lágrimas: « Oh, amada madre mia! estaba diciendo, de que venturas gozais » ahora seguramente, pues siempre fuisteis observadora de la virtud! mirad » por este vuestro hijo desde esa mansion » celeste! Haced, ó cielos, que tenga

» tanto amor á la virtud, como se le » tuve á mi madre! » Y diciendo esto juntaba su rostro con el sepulcro, dejando regada la losa con sus lágrimas. Sumo era el silencio con que le escuchaban los cuatro amantes, y acercándose Timbrio al pastor, y tomándole de la mano: Oh, hijo precioso, le dijo, y como dejas mi alma bañada de ternura y de respeto! cuéntame en el número de tus amigos, y desde ahora renuncio al bullicio del mundo por hacerme pastor contigo, y por habitar con mi Nísida, Silerio y Blanca una cabaña que esté junto á la tuya. Que cerca quereis vivir de un desdichado! le dijo Elicio: despues que ha muerto mi madre, solo una cosa es la que podia hacerme tener algun apego á la vida, y esa la voy á perder mañana. Rogáronle entonces las dos hermanas y los dos amigos que se declarase mas; pero el pastor respondió: No es este lugar oportuno para hablar de mis amores: cuando salgamos del

valle os ofrezco daros cuenta de mis penas amorosas. Estaban aun hablando, cuando oyeron el son de la trompeta. Decidnos, le preguntó Timbrio, para que nos convoca Telesio? Para tributar los honores, le respondió Elício, á las cenizas del último pastor que acabamos de perder, y despues tenemos que oir la historia de su vida que ha de cantar la mas discreta de nuestras pastoras. Dicho esto se encaminaron hácia la fuente, donde hallaron congregados á todos los demas pastores: desde allí, guiados por su venerable conductor, fueron hasta un sepulcro, en cuya losa blanca todavía estaba grabado este sencillo epitafio:

AQUI YACE
UN BUEN HIJO.

Tres veces rodeó la sepultura Telesio: entonó las oraciones acostumbradas; echó en el fuego oloroso incienso, y roció el sepulcro con el agua lustral. Hecho esto, tomó de la mano á Gala-

tea, y le dió el papel, donde estaba escrita la historia del pastor cuya muerte todos lloraban. Cubierta Galatea de un color sonrosado, permaneciendo en pie junto al sepulcro, y prestándole todos los pastores un profundo silencio, comenzó á leer de esta manera:

De entre todos los pastores
De nuestra aldea, Liseno
Fue el mas amoroso, y Lisis
Admitiendo sus obsequios,
Dividió con él su amor;
Y él á su familia luego
La pidió, y su padre dijo:
Tuya será, mi Liseno,
Si fueres como ella rico,
Que no la doy á otro precio.

Pero ninguna otra cosa
Tenia el pobre Liseno,
Que su cabaña y su amor:
Daba á su madre este tierno
Hijo su humilde cabaña,
Y el otro bien á su dueño:
Fuése á las tierras del oro,
Dejando su patrio suelo:
Juntó medianas riquezas
Allí con honrosos medios.

Volvió lleno de esperanzas:
Aguárdale fiel su dueño,
Que ha de premiar con su mano

Los trabajos de un tan tierno
Amante como era el suyo.
Iba ya á poseer su dueño,
Cuando el dia antecedente
Al de su dicha, en extremo
De muerte puso á su madre
Un accidente funesto.

Sin pensar ya en sus amores,
Corrió asustado Liseno
Entorno toda la aldea,
De los médicos mas diestros
Implorando su socorro:
Les ruega humilde, diciendo:
Me voy á quedar sin madre;
Si de vuestro arte el acierto
Llegare á salvar su vida,
Es vuestro cuanto poseo.

Un médico con su ciencia
Salvó su madre á Liseno,
Y las medianas riquezas
Que trajo fueron su premio.
El así perdió á su Lisis:
Casóse con otro luego:
Sereno lo vió, y alegre:
De su madre al lado ha muerto,
Sin dar muestras de llorar
La pérdida de su dueño.

Habiendo acabado de leer, Galatea volvió á ocupar su puesto, y alzando entonces la voz Telesio, dijo: Lo que sentis, amigos mios en vuestro corazon

os dice mucho mas de cuanto yo podría deciros. Si el oir contar una accion tan buena os arranca lágrimas de ternura, inferid de esto que placer tan dulce no producirá el hacerla. Con estas pocas palabras cesó de hablar el respetable pastor, que, rompiendo el órden con que habian venido los demas pastores, les dió licencia para que saliesen del valle. Fuéronse pues todos, quien por una, quien por otra parte de aquellas hermosas riberas que bañan las claras ondas del Tajo. No olvidándose los dos amigos ni las dos hermanas de la promesa que les habia hecho Elício, se encaminaron con él hácia la fuente de las Pizarras. Cumpliendo con ella el sin ventura pastor, les fue dando cuenta de su pasion amorosa, y de la cruel desesperacion en que se hallaba por el futuro casamiento de Galatea. Mientras Silerio, Nísida y Blanca procuraban consolarle, iba Timbrio meditando de que

modo podria hacer que Elício lograse á su pastora. Pocos pasos detrás de estos, venian sin hablarse palabra, Galatea, Florisa, Teolinda, Damon y Tirsis. Iba la hija de Meris pensando en que el dia siguiente era el de su partida: Florisa iba formando el proyecto de seguirla hasta Portugal, y la infeliz Teolinda envidiando la suerte de los que quedaban descansando en el valle de las sepulturas.

Para ir hasta la fuente de las Pizarras tenian que apartarse de las riberas del Tajo, y atravesar algunos cerros cubiertos de arboledas. Habíase quedado en la aldea aquel dia el mastin del ganado de Elício, por no habérsele dejado seguir á Galatea; y así, luego que vió venir á unos pastores, y no divisando á sus amos, fue corriendo á salirles al encuentro, como lo logró cuando entraban estos en la arboleda. Despues de haber ido de Elício á Galatea, y de esta á aquel, haciéndoles mil halagos, dió

á correr por aquella montañuela, haciendo correr un cabritillo montés, que fue persiguiendo con toda furia, y el cabritillo echó á huir, y pasando por cerca de los pastores, cobró fuerzas con el miedo, y sin poder ser atajado llegó á una gruta, donde entró dando balidos. Fuele siguiendo el mastin, y Galatea daba gritos para que fuesen á socorrer el cabritillo, y oyéndolos todos echaron á correr y llegaron hasta la entrada de una gruta, donde ya habia entrado corriendo tras del mastin Elício. Procuraban Tirsis, Damon y los dos amigos sosegar á las pastoras, riyéndose del caso, y esperando ver salir al amante de Galatea, trayendo el cabritillo en sus brazos, cuando oyeron un estraordinario ruido dentro de la gruta, y vieron salir de ella á Elício, luchando con un hombre de un aspecto feroz. Salia este con un sucio y andrajoso vestido, poblada la mitad del rostro de una negra y espesa barba, derribados por los hombros sus aborras-

cados cabellos, y procurando con sus desnudos y nerviosos brazos ahogar á Elício. No menos animoso este, apartaba de sí con la mano izquierda el velloso pecho del salvage, y con la derecha revuelta entre sus cabellos le hacia doblar la cabeza hácia atrás. Guardando enfin los dos un profundo silencio, centelleando sus ojos, mirándose el uno al otro de hito en hito, y trabados de las piernas, procuraban derribarse mutuamente. Mientras tanto no habia dejado el mastin de Elício de ayudar á su amo; pero una cabra montés no le dejaba, porque atendiendo siempre á no desamparar el flanco le rechazaba amenazándole con sus cuernos, y, ya en esto el cabritillo mas animoso, iba detras de su madre dando brincos, y como queriendo habérselas con el mismo á quien tenia miedo. Fueron corriendo á toda prisa Tirsis, Damon y los dos amigos á separar á los dos luchadores, y abalanzóse Timbrio al salvage, empleando

todas sus fuerzas para haber de detenerle. En esto vieron que Teolinda se hàbia desmayado, y corrieron todos á socorrerla, y poniendo en ella los ojos el salvage, se quedó inmóvil y suspenso, el rostro pálido, y desasiéndose prontamente de los brazos de Timbrio, tomó en los suyos el cabritillo, causa inocente de tantos acasos, y precipitándose á los pies de Teolinda, se le presentó con sumision. Apenas volvió en su sentido la pastora, cuando se arrojó al cuello del salvage, exclamando en alta voz: Oh, Dios! que eres tú, mi Artidoro? Dulce Artidoro mio! con que no te has olvidado de Teolinda? Al oir el nombre de Teolinda, se le mudó el color á Artidoro: se levantó, y mirándola con espanto, le dijo: No, no me he olvidado de que es falsa Teolinda: está aquí porventura? acaso la conoces? Sí, le respondió la pastora medio temblando, sí: aquí está y vive solo por tí. Pues ved, la

la interrumpió Artidoro en voz baja, que es necesario me lleves adonde esté, para afearle su perfidia, y para decirle que ya no cuente mas con mi amor, y despues nos vendremos á vivir en esta cabaña, donde serás mi eterna compañera y te regalaré este cabritillo. Bien echó de ver Teolinda por lo que decia que se le habia trastornado la razon al sin ventura Artidoro: miróle entonces, derramando abundantes lágrimas, y apretando las manos de él entre las suyas, le dijo: Convengo en hacer cuanto quieras, y ten por cierto que no te dejaré ya, y que viviré contigo hasta el último suspiro de mi vida, y espero hacerte manifiesto que no tiene culpa alguna Teolinda. Dicho esto, trabó del brazo á Artidoro y le llevó consigo por la vereda que encaminaba á la fuente, siguiéndole la cabra y el cabritillo, y los demas pastores los seguian, esperando con impaciencia ver el fin de semejante aventura.

En el tiempo que duró el camino, empleó Teolinda todos sus esfuerzos para ir preparando un reconocimiento que al mismo tiempo que le temia le deseaba. Cuidando pues de no decir cosa que pudiese desagradar á su amante, le empezó á hablar de ella misma con cautela, le fue trayendo á la memoria sus amores: le contó el suceso de su hermana gemela, las penas que le hizo padecer, y al mismo tiempo iba observando en el semblante de Artidoro, el efecto que hacia cada palabra de las que le decia: iba notando los progresos que ella hacia en su razon poco á poco, y empleaba toda la destreza de su ingenio para volver á infundir en el corazon de su amante el amor que le tenia. Escuchábala Artidoro con la misma suspension que el que despierta de un profundo sueño; respondíale con concierto á algunas preguntas, hacíale repetir otras, y así por grados se le fueron renovando el recuerdo y las ideas de sus amores, y

en fin por el amor que le habia trastornado la razon, volvió á recobrarla. Detuvo entonces el paso: miró con suma atencion á Teolinda, y habiéndola reconocido, se arrojó á sus pies, la estrechó entre sus brazos, las lágrimas que derramaba dieron bien á entender á la pastora que habia recobrado el juicio su Artidoro. Llegaron al fin los dos á la fuente donde estaban juntos ya todos, que por lo que Galatea y Florisa fueron refiriendo por el camino, sabian ya los amores de Artidoro y Teolinda. Despues que dieron todos la enhorabuena á esta pastora, la suplicaron que se empeñase con su amante, para que les refiriese lo que le habia sucedido desde el punto que le causó tan horrible engaño la hermana gemela de Teolinda. Convino en ello Artidoro, y aunque un poco avergonzado del estado en que se hallaba, prosiguió su historia en los términos siguientes.

Las razones que me dijo la fingida Teolinda me redujeron á una desesperacion mortal, y así, aunque resuelto á huir para siempre de la presencia de quien yo creia que me era pérfida, quise no obstante decirle que aun la amaba, y con este intento dejé entallados en la corteza de un álamo unos versos donde me despedia de ella. No tengo ahora presente lo que dejé escrito, solo me acuerdo que desde entonces comenzó á enagenarse mi razon debilitada: que anduve errante sin destino por aquellos campos, y que me estuve bien cuatro dias sin tomar alimento alguno. Con esto se acabó de trastornar mi razon: de suerte que solo me han quedado unas ideas muy confusas de lo que me ha sucedido, y únicamente de dos cosas solas me acuerdo.

Bajaba yo un dia por una montañuela, que creo no está muy distante de aquí, cuando oygo de repente ruido entre la maleza, y veo este cabri-

tillo que veis aquí echado junto á mí, el cual venia huyendo de un desaforado lobo, que con la boca abierta le venia persiguiendo. Fué mi primer impulso el echarme sobre él; pero me hallaba sin armas, y así me ví precisado á luchar con aquel feroz animal: fuimos pues los dos rodando por la arena, y como la privacion del juicio no me dejaba considerar aquel peligro, cobré tantas fuerzas que conseguí ahogar el lobo entre mis brazos, y, sin reparar en si me seguia el cabritillo, proseguí mi camino hasta llegar á la caverna donde me habeis encontrado. Escogíla desde luego por mi sepultura, por su tenebrosidad y por estar apartada de toda otra habitacion, y habiendo entrado me senté en una piedra, y viniéndoseme allí á la memoria la perfidia de Teolinda, recobré por un momento el juicio, para sentir sin duda todo el rigor de mis tormentos, y habiéndome resuelto desde

aquel punto á no salir de aquella gruta, traje rodando una gran piedra, para cerrar con ella la entrada. Cuando me ví encerrado de este modo en aquella sepultura, experimenté en mí una alegría tan funesta, que me tendí sobre la tierra con la esperanza de no volverme á levantar de ella.

Hallábame yo en este estado de suspension y de despecho, sin temer ni desear mas que se prolongase la duracion de mis tormentos, cuando llegó á mis oidos un balido lastimero: apliquélos entónces con atencion, y oí que aun sonaba, y me pareció que venia como de la entrada de la gruta. Conmovíme algun tanto; bien que á pesar mio, me levanté y fuí hácia donde venia el ruido, y ví que era el cabritillo que habia yo libertado, que estaba metiendo su blanco hociquillo entre la piedra que habia yo puesto y el peñasco de la gruta, como pidiéndome que le abriese. Enternecido yo al verle, aparté la piedra con tiento,

y luego que quedó abierta una rendija capaz, entró el cabritillo, seguido de una cabra que venia herida y corriendole la sangre. Apenas llegó esta, cuando se echó á mis pies, jadeando por el cansancio y el dolor, y el cabritillo no cesaba de dar vueltas al rededor de mí, de dar lastimeros balidos, de lamer la herida de su madre, y de hacerme mil halagos, como pidiéndome que cuidase de ella. Examiné pues la herida que habian hecho los dientes del lobo, y al punto fui por agua: lavé con ella la herida, le tomé la sangre y se la detuve, atándola con unos pedazos de mi vestido. Despues que hube hecho esta operacion con la cabra, observé que mirándome con blandura se tendió mansamente, alargándome sus tetas henchidas de leche, como que me convidaba á que participase de lo que era sustento del hijuelo, á cuya madre habia yo libertado la vida. Esta cabra y este cabritillo fueron causa de que pudiese sostener la mia, que

hubiera perdido sin duda á pesar de cuantos consuelos pudiera haber hallado en los hombres. Como me habia resuelto á pasar el resto de mis dias en compañía de estos animalejos, fuí á hacer provision de yerba y de frutas, puse en tal disposicion la caverna, que hice de ella una habitacion cómoda para los tres: registré al otro dia de nuevo la herida, que curada al cabo de cuatro dias, se halló la cabra en disposicion de salir unas veces sola y otras veces con su cabritillo que nos venia siguiendo, y yo por mi parte andaba errante por los montes comarcanos á mi caverna hasta la noche que nos volvíamos á juntar todos. Si en las correrías que yo hacia encontraba hojas de serpol y cantueso, se las llevaba á mi compañera, que las pacia en mi mano, mientras yo comia mis frutas, y el cabritillo mamaba. Acabado nuestro banquete iba yo á cerrar con la piedra la entrada de nuestra habitacion, y echados en el menudo

musgo y sobre las secas hojas nos quedábamos dormidos.

El excesivo calor que hoy hacia, no nos permitió á mí ni á la cabra salir de nuestra caverna, y el cabritillo estuvo por bastante tiempo dando brinquitos por un lado y otro de la entrada, y cuando yo creia que aun estaba allí, me le veo entrar todo azorado, perseguido de un perro, y poco despues ví entrar un hombre. No puedo menos de confesaros que al verle no pude contener mi furia sin arrojarme sobre él con intento de ahogarle, tal era el enojo que me causaba ver que un hombre viniese á robarme los únicos amigos que me habian quedado. Como habeis presenciado mi combate y sus felices efectos, no tengo mas que deciros que este dia es el mas dichoso de mi vida, pues en él he vuelto á encontrar á mi Teolinda, que con esto conozco que cobro el juicio, y que voy á vivir el resto de mi vida con la que siempre he estado adorando,

donde no me desampararán mi cabra y mi cabritillo. Decia esto halagando á los animalejos con una mano, y alargando la otra á Teolinda.

Fué tanta la ternura que causó Artidoro con su relacion, que todos le dieron las gracias con las lágrimas en los ojos. Rogó Artidoro á Elício en voz baja que le facilitase el medio de cortarse su prolongada barba, y de mudar de trage. Ven conmigo, le dijo Elício, que en mi cabaña hallarás todo lo necesario. Id enhorabuena, añadió Timbrio, que aquí quedamos esperándoos, y mientras estuviéreis por allá discurriré lo que he de decir al padre de.. No dijo mas, y Galatea se cubrió de un color sonrosado. Fuése con esto Artidoro con Elício, encargando Teolida á su amante con eficacia que no se detuviese mucho tiempo, y detrás de ellos iban la cabra y el cabritillo. Bien habia comprendido Galatea que Timbrio meditaba alguna cosa para hablar con su padre, y considerando que

su presencia podria ser importuna, aparentando que tenia que volver forzosamente á su casa, se despidió de Blanca, de Nísida y Teolinda, y llevando consigo solo á su querida Florisa se encaminó á la aldea. Apenas se habia alejado de allí algunos pasos, cuando cuatro hombres que salieron de detrás de una cerca se apoderaron de las pastoras, y tapándoles las bocas con pañuelos para que no diesen voces, las obligaron á subir sobre dos mulas que estaban allí ya preparadas. Hiciéronlo así temblando Galatea y Florisa, y montando en sus caballos los cuatro robadores, llevando enmedio las mulas, echaron á huir á galope tendido hácia las fronteras de Castilla.

Eran estos robadores los cuatro Portugueses que habian venido á casa de Meris dos dias habia. Habiendo advertido el frio acogimiento con que los habian recibido, el modo con que Elício durante la cena los miraba, y las miradas

que dirigia á Galatea , llegaron á sospechar la verdad ; y pareciéndoles que el haberles pedido Meris que se dilatase su partida para poder ir al valle de las sepulturas, y que el habérseles opuesto los del lugar á que fuesen al dicho valle , habia sido un pretexto y un insulto que se les habia hecho , y temiendo por consiguiente que se volverian sin llevar á Galatea, se resolvieron á robarla, con la seguridad de que les perdonaria este delito su amo, cuando se viese dueño de la hija de Meris.

Habiéndoles pues salìdo todo como deseaban iban huyendo con su presa ; pero el amor no se descuidaba en mirar por Galatea. Despues de haberse mudado de trage Artidoro en la cabaña de Elício , volvia con él á la fuente, cuando vieron desde lejos á los cuatro caballeros y cuando conocieron á las pastoras, dió un grito Elício, y fue volando á defender á su amada. Paró las mulas

con sus dos manos, y ya uno de los Portugueses tenia el brazo levantado para atravesarle con una herrada lanza, cuando llegó corriendo Artidoro á socorrerle, y sacudióle tal golpe que le rompió el brazo. Valiéndose de aquel momento las dos pastoras se echaron á tierra, y reconociendo aquellos parages fueron presurosas á refugiarse á la fuente; y habiendo Elício mientras tanto alzado la lanza del herido, se puso al lado de Artidoro. A pie estos dos valientes pastores, y armados solamente de un palo y de una lanza, hicieron frente á los tres cobardes caballeros, que pelearon con ánimo de vengar la herida de su compañero. Sostuvieron todos ellos un indeciso combate; pero el valor hubiera cedido á la fuerza, pues herido Elício en un brazo no podia ya defenderse, sino hubiera llegado Timbrio, que con espada en mano se arrojó como un rayo sobre los Portugueses; y á los primeros

golpes abrió la cabeza al que acosaba mas á Elício. Ya á este tiempo habian llegado Tirsis, Damon y Silerio, y entonces los dos enemigos que habian quedado se pusieron en fuga á rienda suelta.

Aunque no era de peligro la herida de Elício, iba saliéndole bastante sangre, de lo que asustada Galatea, se la cogió con su pañuelo, y ella por sí misma le curó la herida. Esta sola operacion era bastante para que quedase Elício sano, á quien llevaron á la aldea, vendado el brazo y sosteniéndole Galatea al andar, quedando con este favor sumamente recompensado por el peligro en que acababa de verse. Llegaron en fin á casa del anciano Meris, y este, irritado contra el insulto de los Portugueses, declara que se creia desobligado de cumplir su palabra. Aqui teneis le dijo Timbrio, presentando al herido, aqui teneis al libertador de vuestra hija: Elício pues es quien merece ser el dueño

de la misma á quien ha libertado : si solo su pobreza os ha hecho dudar, hoy va á ser tan rico como vos, porque yo que poseo unas considerables riquezas, quiero..... Cuando estaba diciendo esto, oyeron un gran ruido á la puerta de la casa, y volviendo los ojos vieron que entraba en el portal un orgulloso carnero, adornado de cintas, embarrado de varios colores, cuyo enorme cencerro se hacia distinguir entre los de cien ovejas que le seguian, cada cual con su cordero, y tras de todos ellos entró Erastro con dos mastines á los lados. Despues que acabó de entrar, confiando á la guarda de los mastines el hermoso rebaño, con el cayado en la mano, se llegó á hablar al padre de Galatea. Ahora, Meris, le dijo, quiero que sepas que yo amaba á tu hija, y aunque podia disputársela al Portugues, á quien se la das, quiero sin embargo hacerme justicia, porque has de saber que ni el

Portugues ni yo merecemos á Galatea, y que solo Elício es digno de ella, y me parece que no te se hará difícil creerlo, cuando lo oyes de la boca de un rival suyo : tú exigias del que hubiese de ser tu yerno que fuese rico : pues, ves todo ese hermoso rebaño que él solo equivale á ún mayorazgo? todo él es de Elício; y no creas que yo se le doy, porque yo no he hecho mas que ir recorriendo las cabañas de los contornos, y son tantos los amigos de Elício que he encontrado, que dándome cada uno solamente un cordero con su madre, he llegado á juntar todo este numeroso rebaño. Aun no habia cesado de hablar Erastro, cuando Elício bañándole con sus lágrimas, le dijo : Ah, dulce amigo mio! sea mi suerte la que fuere, la hace envidiable tu amistad, pues aunque yo no me atrevo á formar la esperanza de que llegue yo á ser de Galatea, no obstante..... Ya es tuya, exclamó Meris, arrasados los ojos en

lágrimas. Ven, hija mia, que te voy á entregar en manos de tu libertador: ven á estrechar en tus brazos á tu esposo. Acercóse Galatea, encendido su rostro en un color mas vivo que el de la rosa, temiendo apresurarse demasiado al acercarse el pastor: esperábala este puesta una rodilla en tierra, y alargándole con respeto el único brazo que le habia quedado libre. Galatea entonces le m[illegible], se para, baja los ojos, y cada vez se pone mas encarnada; y alegre su padre de ver aquel tierno pudor, la toma de la mano y la lleva hasta donde estaba su feliz esposo, y aun alli mismo tuvo que emplear todos sus esfuerzos para que juntase sus labios con los de Elício, y este fue el primer ósculo que en toda su vida habia visto impreso Galatea en su semblante.

En este tiempo supo Erastro el suceso del robo de Galatea y de Florisa, y llegándose á él Timbrío, le dijo: Tú,

pastor, me has privado del mas alegre momento de mi vida, pues cuando yo queria repartir mis riquezas con Elicio para que pudiese casarse con Galatea, te has anticipado, haciendo lo que yo intentaba: no creas por eso que le amas mas, aunque justo es que seas preferido, pues hace tanto tiempo que le amas: á lo menos espero, añadió, alzando mas la voz, que se me permita poner en ejecucion otro proyecto. Tengo pues determinado hacer cuatro partes de mis riquezas: la primera la destino para mi querido Silerio: ofrezco la segunda á Teolinda y á Artidoro para obligarlos de este modo á que se queden á vivir aqui: la tercera será para que Telesio la reparta por sus manos entre los pobres de la aldea y con la cuarta compraré una casa, tierras y ganados para vivir con mi adorada Nísida. Con efecto, queridos amigos mios, yo quiero hacerme pastor, y quiero esperar en estos campos el término de mis dias en vues-

tra compañía y la de Silerio: viviremos en cabañas vecinas unas de otras; reuniremos nuestras familias, daremos ejemplo á la aldea, y de este modo llegaremos á una dilatada vejez, viviendo tódos juntos enmedio de la paz, del amor y de la alegría. Dijo Timbrio, y todos le rindieron gracias, abrazándole Artidoro y Teolinda.

Habiendo Meris determinado que aquella misma noche quedasen hechos los tratados, fue al punto á la aldea á contar las nuevas de tan venturosos sucesos, trayéndose consigo al escribano y al venerable Telesio, y en breve quedaron hechas las capitulaciones. Convínose entre todos que al otro dia habia de enviar Timbrio toda su comitiva á Toledo con un sugeto de su confianza que dijese á los parientes de Nísida el estado en que se hallaba, y para que trajese á su amo hecho dinero lo que le tocaba de sus riquezas. Mientras se hacia este viage, habia de comprar Meris

los rebaños y las haciendas para los nuevos pastores, y en tanto que todo esto se disponia, habian de vivir Timbrio y Silerio con sus esposas en casa de Meris, y Artidoro y Teolinda en la de Erastro. Ya no restaba otra cosa sino fijar el dia en que se habian de celebrar las cuatro bodas, y Elício, sin embargo de su herida, quiso que fuesen al dia siguiente, y por mas que hizo Telesio no pudo obtener de él que se difiriesen para otro dia, y los otros esposos sin darse por entendidos eran del parecer de Elício.

Habiendo ya quedado todos convenidos en esto, se sentaron á la mesa, colocándose cada amante al lado de su amada, y acabada la cena, fueron á sentarse al jardin, donde debajo de un vistoso emparrado, alumbrándoles la silenciosa luz de la luna, y sentados sobre la menuda yerba quisieron dar fin al venturoso dia con alegres cantares. Tocando pues unos la flauta, otros el aramillo, y haciendo una rueda, y co-

locando en medio de ella á Meris y á Telesio, comenzaron los amantes á cantar los versos siguientes :

TIMBRIO.

Por digna de desprecio yo tenia,
De compasion mas digna ciertamente
La turba de los hombres, que, engañada,
Tras el oro corria,
Dejando ciegamente
La amistad, el amor, la paz amada :
Mas hoy es perdonada
Por mí su ceguedad, y apreciada
Por todos debe ser, pues solamente
El mortal con el oro felizmente
Vivir se ve : mas ay ! que es solo cuando
Le va con franca mano derramando.

BLANCA.

Por largo tiempo de tu fe he dudado,
Sin dejar yo de amarte enternecida,
Y si hubiera vivido de tu lado
Un dia mas separada, entristecida
Hubiera muerto : ó que placer ! mi amado
Ya encontré ! viviremos en la aldea
Segun amor y la amistad desea,
Y siempre iré á la ermita en santo zelo
A agradecer mi bien al almo cielo.

ARTIDORO.

Un tiempo creí que fuese
Capaz de la perfidia
Mas negra y mas horrible
Mi cándida y hermosa pastorcilla.
No quedó sin castigo
Esta sospecha inicua,

Pues al punto privado
Quedé de la razon que yo tenia.
Mas ahora que vuelvo
A ver á quien rendida
El alma tengo, veo
Que ya recobro la razon perdida.
Mas ay ! que mucho tiempo
Gozarla se me priva,
Pues de ella ahora mismo
Me enagenan de amor las alegrías.

GALATEA.

Te acuerdas del dichoso
Dia que tiernamente,
Tan amorosamente
Me suplicaste, dí,
Que á tu ruego amoroso
Diese yo grato oido ?
Y que, el rostro encendido,
Vergonzosa te oí ?
Has de saber, mi amado,
Que cuando te escuchaba
Al seno le agitaba
Dulcísimo placer :
Cuando á mis pies postrado
Tu dicha me pedias,
Era á mí á quien hacias
Dichosa, ó mi querer !

ELICIO.

Bastaba solo la amistad sagrada
Para hacer mi vida venturosa,
Y solo amor mi bien mayor seria :
Hoy todo lo consigo. Pues mi hermosa
Se une conmigo con feliz lazada :
Por mano de mi amigo en este dia
Que de bienes me envia,

Con que mi amor consigo,
El cielo santo amigo!
Ay! como cantaré lo que ahora siento!
De amor subido al delicioso asiento,
Y venturoso en la amistad al verse
Se siente de contento
Mi pobre corazon desfallecerse.

Cuando dieron fin á su canto era tiempo de retirarse, como lo hicieron, quedándose Blanca, Nísida y Teolinda en casa de Galatea, y yéndose á reposar aquella noche Timbrio, Silerio y Elício en casa de Telesio. Llegado el siguiente día, antes que mostrase su alegre faz la risueña aurora, llamaron á las puertas de Meris los cuatro amantes, trayendo ya consigo Timbrio y Silerio el zurron y el cayado. Como todos los del pueblo sabian ya las futuras bodas, desde el dia antecedente habian hecho por la noche los preparativos de unas funciones mas alegres que las de las bodas de Daranio. Estuvieron esperando algun tiempo á que saliese el amable Meris que todavía dormia; pero no tardó en dejar-

se ver seguido de su hija, de Teolinda y de las dos hermanas, vestidas ya de pastores. Dando el sencillo Erastro la mano á Galatea, la condujo al templo enmedio de las aclamaciones del pueblo, y allí unió Telesio con indisoluble lazada á los cuatro amantes, echando el cielo su bendicion sobre aquellos matrimonios. Vieron en fin cumplidos sus deseos aquellos venturosos amantes: se vieron colmados de felicidades, contaron una larga y dilatada vida, amándose siempre con el amor mas constante, y su memoria vive hasta el dia de hoy en la de los moradores de aquel delicioso suelo, donde habitaron Elicio y Galatea.

FIN.

